

# No existe un tercer camino: una perspectiva comparativa de la izquierda

SEYMOUR MARTIN LIPSET\*

**M**IENTRAS QUE la atención del mundo se concentra en las extraordinarias transformaciones del mundo comunista, en los partidos de la izquierda no comunista han ocurrido cambios igualmente importantes si bien menos dramáticos, puesto que no implican cambios revolucionarios en la economía y la política, aunque son ideológicamente significativos ya que representan un abandono de las doctrinas centralizadas y redistribucionistas de la izquierda democrática.<sup>1</sup> Sus antecedentes confirman la conclusión del primer ministro del primer gobierno de mayoría socialista en la historia de Francia, conformado bajo François Mitterrand, Pierre Mauroy, quien señaló en la primavera de 1990: "Nosotros pensamos que podíamos encontrar una tercera alternativa, pero resulta que no existe".<sup>2</sup> En un país tras otro, tanto el socialista como otros partidos de izquierda han emprendido el camino ideológico de vuelta al capitalismo. Este viraje a la derecha, bastante avanzado en muchos países, contrasta con el comportamiento del partido de centroizquierda en Estados Unidos, los demócratas, en la última década. Estos últimos, aunque claramente opuestos al socialismo, y actuando dentro de una sociedad cuyas instituciones y población son mucho más antiestatistas que las de otros países industrializados, se han inclinado hacia la izquierda, mientras que los partidos de centroizquierda de otras partes se están inclinando en la dirección opuesta.

Este trabajo se inicia con una revisión de los acontecimientos ocurridos en el mundo social demócrata y culmina preguntando por qué la historia de las ideologías de partido y los cambios programáticos es tan diferente entre la izquierda de Estados Unidos y las izquierdas de la mayoría de los otros países industrializados.<sup>3</sup> ¿Cómo abordar esta cuestión tan difícil de explicar?

\* Daniel Chirot (ed.), *The Revolutions of 1989: Emergence of a New World*, University of Washington Press, Seattle, 1991.

<sup>1</sup> Para una revisión sistemática, véase Salvador Clotas, "Las transformaciones del socialismo en los años setenta-ochenta", en *Leviatan*, otoño, 1989, pp. 95-106.

<sup>2</sup> Citado en Flora Lewis, "Triumph's Challenge", en *The New York Times*, 29 de mayo de 1990, p. A15

<sup>3</sup> Para un análisis de las variaciones en el comportamiento político socialista y de la clase trabajadora antes de la primera guerra mundial, véase Seymour Martin Lipset, "Radicalism or Reformism: The Sources of Working-Class Politics", en Lipset, *Consensus and Conflict: Essays in Political Sociology*, Transaction Books, New Brunswick, N.J., 1985, pp. 219-252.

## LA HISTORIA COMPARATIVA: LA IZQUIERDA SE MUEVE A LA DERECHA

Empezando con los cambios ideológicos de los socialdemócratas alemanes en su plataforma Bad Godesberg en 1959, y su posterior aceleración en la última década, la mayor parte de los partidos de la izquierda de ultramar ha retrocedido explícitamente en su tradicional defensa de la propiedad y el dominio del Estado en la economía exponiendo abiertamente las virtudes de la economía de mercado, de la reducción de impuestos e incluso del monetarismo y la desregulación. Muchos subrayan que más que las políticas de redistribución del ingreso, el aumento de la productividad es la mejor manera de mejorar la situación de los países económicamente atrasados. El especialista en ciencia política Radhakrishnan Nayar señala que, desafortunadamente, “pocos en la izquierda, al menos en Occidente...parecen cuestionar...[la idea del mercado libre]. La idea central de la actual discusión dentro de la izquierda occidental es cómo sobrevivir dentro de un sistema capitalista liberal ahora asumido como un hecho”.<sup>4</sup> Vale la pena examinar con detalle el alcance de este cambio en casi todos los países democráticos.<sup>5</sup>

*Australia y Nueva Zelanda*

La historia comparativa puede comenzar en Australia, país cuyo Partido Laborista ha obtenido la mayoría en un buen número de estados desde la década de 1890. Los partidos laboristas han gobernado las Antípodas, incluyendo a Nueva Zelanda, durante la década pasada. Puesto que ascendieron al poder en sociedades muy comprometidas con amplios programas de bienestar social estatal y aumentos salariales, estos partidos se enfrentaron con diversos efectos disfuncionales: impuestos elevados, déficit gubernamentales, inflación

<sup>4</sup> Radhakrishnan Nayar, “A Vacuous Optimism”, en *Times Literary Supplement*, 18-24 de mayo, 1990, p. 526.

<sup>5</sup> Un primer análisis de los cambios ocurridos en los partidos socialdemócratas puede encontrarse en la obra de Kirchheimer en los años sesenta y setenta. Véase F. Burin y K. L. Shell (eds.) *Politics, Law and Social Change: Selected Essays of Otto Kirchheimer*, Nueva York, Columbia University Press, 1969; también véase Seymour Martin Lipset, *Revolution and Counterrevolution: Change and Resistance in Social Structures*, New Brunswick, N. J., Transaction Books, 1988, edición de bolsillo, primera edición, 1970, pp. 267-304. Robert Tucker concluye que “los movimientos radicales que sobreviven y florecen durante mucho tiempo sin reformar el mundo ... con el tiempo pasan por un proceso de desradicalización.”. “Aceptar el orden establecido.” Tucker, *The Marxian Revolutionary Idea*, Nueva York, W. W. Norton, 1969, pp. 187-186. Ralf Dahrendorf señala que “los demócratas de derecha son los conservadores más consistentes de la política contemporánea ... se las arreglan no sólo con un mínimo de programas, sino también con un gobierno mínimo.” Dahrendorf, *Life Chances: Approaches to Social And Political Theory*, Chicago, University of Chicago Press, 1979, p. 106. Ralph Miliband argumenta que los socialdemócratas y los dirigentes sindicales están intrínsecamente moderados debido a que trabajan en la “democracia burguesa”, lo cual los obliga a colaborar con sus adversarios. Miliband, *Divided Societies: Class Struggle in Contemporary Capitalism*, Oxford, Clarendon Press, 1989, pp. 74-78

y continuos aumentos salariales. Con el primer ministro Robert Hawke y el ministro del Tesoro Paul Keating, el gobierno australiano redujo las tasas de interés y los impuestos al ingreso y promovió la “desregulación económica”; sin embargo, fue el acuerdo firmado con los sindicatos para limitar la inflación producida por los aumentos salariales, mediante el cual se logró que los salarios reales cayeran sólo un 1% anual a partir de su mandato.<sup>6</sup>

Hawke recorrió el mundo en busca de inversión de capital, señalando que su administración ha promovido exitosamente una política de reducción del ingreso real de los trabajadores australianos. Aplicó el nuevo credo social demócrata de que los salarios y los impuestos altos no producen el capital necesario para el crecimiento económico, y que son únicamente las ganancias, el ahorro de capital y los dividendos los que pueden producirlo. Hawke sostiene:

si un gobierno socialdemócrata, como el mío, va a ... hacer tanto por ellos (los pobres que se encuentran fuera del proceso productivo), entonces tenemos que tener una economía con un crecimiento lo más sólido posible y creo que en los primeros días (del movimiento) algunos ... no entendieron que ... uno tiene que ser un idiota o estar cegado por los prejuicios para no entender que si se quiere ver por la mayoría del pueblo se necesita poseer un sector privado saludable y en crecimiento.<sup>7</sup>

Se lamentaba de la estructura fiscal injustificablemente severa de sus predecesores conservadores, y señalaba que para dar “al sector ... privado ... el mayor incentivo para la inversión y el empleo”, tendríamos que deshacernos de la “tasa impositiva, apabullantemente alta: 60 % para los estratos de mayor ingreso, que los laboristas bajaron a 49 % y pretenden disminuir más aún. Además de los cambios en el terreno fiscal ... estamos también desregulando la economía”.<sup>8</sup> Más sorprendentemente, los laboristas han buscado reducir los salarios reales. Como sostiene Hawke:

La verdadera razón por la que estamos creciendo con tal fortaleza y por la que nuestra tasa de crecimiento del empleo es dos veces más rápida que en el resto del mundo industrializado, es precisamente porque los trabajadores australianos en este país han aceptado niveles salariales más bajos ... El cambio en la participación del ingreso nacional, de los salarios hacia las ganancias ... nos ha permitido crecer ...<sup>9</sup>

La historia de Nueva Zelanda es similar. Al retornar al poder en 1984, el Partido Laborista ha continuado lo que frecuentemente se describe como “la política más

<sup>6</sup> Peter Beilharz, “The Australian Left: Beyond Labourism”, en Ralph Miliband, John Saville, Marcel Liebman y Leo Panitch (eds.), *Socialist Register 1985/1986*, The Merlin Press, Londres, 1986, pp. 213-216; “Terrible Twins”, en *The Economist*, 29 de octubre de 1989, p. 73; Edna Carew, *Keating*, Unwin Hyman, Londres, 1989.

<sup>7</sup> “Bob Hawke of Australia: A Controversial Prime Minister Speaks Out”, *Firing Line*, 12 de abril de 1989, p. 5.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 3, 4.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 2, 8

thatcheriana entre los gobiernos occidentales”, sin excluir la original en Gran Bretaña. En sus primeros días en el poder, la nueva administración

acabó con ... los controles de la tasa de cambios ..., abolió los controles de precios, de salarios, de las tasas de interés, muchos de los subsidios industriales, agrícolas, a la exportación y a las corporaciones estatales introducidos o intensificados por los gobiernos conservadores anteriores ... redujo el impuesto al ingreso en todos los sectores. Este gobierno laborista está también desmantelando uno de los más viejos ... Estados de bienestar del mundo... Los objetivos explícitos de la política son cambiar a Nueva Zelanda de economía sobrecontrolada con altos impuestos al ingreso, convertirla en una economía de libre mercado con bajos impuestos al ingreso, y permitir que toda empresa ...esté expuesta a la competencia local y externa.<sup>10</sup>

Un artículo en una revista socialista subraya que el gobierno laborista ha persistido en seguir una política económica de libre mercado. El primer ministro David Lange señalaba en 1986 que “los socialdemócratas deben aceptar la existencia de la desigualdad económica porque es la maquinaria que impulsa la economía”.<sup>11</sup> El gobierno abolió los controles sobre las rentas y eliminó la regulación bancaria de las finanzas y los transportes. “Se eliminaron apoyos a la agricultura ... Se desreguló el transporte en general ... y se aprobaron las fusiones ... Se terminó la universalidad para todos los programas sociales; los pobres fueron el objetivo ... Los cambios en el sistema fiscal terminaron con la tradición de la aplicación de impuestos de acuerdo con la capacidad de pago”. Se privatizaron muchas empresas del Estado, incluidas las aerolíneas, las forestales, el petróleo, el carbón y la electricidad.<sup>12</sup>

Estos cambios económicos no significan que el partido haya abandonado sus intereses sociales. *The Economist* comenta que Lange “quiere hacer a Nueva Zelanda más rica, de tal modo que él pueda gastar más en lo que considera como las causas socialistas modernas”: mejor educación, un ambiente más limpio y una mejor situación para “las subclases maorís”.<sup>13</sup> Ha “establecido también un Ingreso Mínimo Familiar Garantizado, originalmente fijado en 250 dólares semanales por familia con un hijo”.<sup>14</sup> Por otra parte, el Partido Laborista ha tratado de retener el apoyo de los intelectuales de izquierda, mediante la oposición a la energía nuclear y al armamentismo.

### *Europa del Sur*

Se puede hablar de historias similares en otras regiones. Resumiendo la situación de los socialistas en los cuatro países del sur de Europa —Grecia, Italia,

<sup>10</sup> “A Labour Government Sets Things Right”, *The Economist*, 1 de junio de 1985, p. 17. Para un punto de vista más claro del Ministerio de Finanzas de 1984-1988, véase Roger Douglas, “The Politics of Successful Structural Reform”, *The Wall Street Journal*, 17 de enero de 1990, p. A20.

<sup>11</sup> John Warnock, “Lambs to the Slaughter”, *Canadian Forum*, noviembre de 1989, p. 13.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 13. Véase también Tim W. Ferguson, “New Zealand’s Unfinished Economic Experiment”, *The Wall Street Journal*, 1 de diciembre de 1989, p. A20.

<sup>13</sup> “A Labour Government”, p. 18.

<sup>14</sup> Warnock, “Lambs to the Slaughter”. p. 12.

Portugal y España—, Tom Gallagher y Allan Williams señalan que “a fines de los años setenta en cada partido, los estatutos ... marxistas de las constituciones (fueron) suprimidos, diluidos o simplemente ignorados ... Las recetas económicas radicales y las políticas redistributivas estuvieron ausentes o fueron presentadas de manera oportunista. Como quiera que se presente esta frase, ninguno de los gobiernos intentó instrumentar una política económica específicamente socialista.<sup>15</sup> Cuando los cuatro llegaron al poder “demostraron un alto grado de ortodoxia económica ... ; esto significa implícitamente que ha habido poco interés por asegurar una redistribución importante hacia la clase trabajadora, o restringir las operaciones del capital privado contra el capital social”. En el caso de Portugal, cuando en 1988 los conservadores remplazaron a los socialistas a la cabeza del gobierno, el nuevo primer ministro de derecha “reprendió al Partido Socialista (PS) por el exceso de austeridad de su programa económico”<sup>16</sup> También en Grecia, el Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK), el cual detentó el poder de 1981 a 1989, de 1984 en adelante, siguió también “un programa de austeridad” que deprimió el ingreso de los asalariados, introduciendo al mismo tiempo “incentivos fiscales para nuevas inversiones”.<sup>17</sup> Resulta reveladora una observación más detallada del patrón seguido en Italia y España, uno de los cuales ha tenido un gobierno de coalición de tendencia socialista que contó con la oposición de un gran partido comunista, y el otro uno de mayoría comunista.

En Italia, Bettino Craxi, el dirigente de lo que había sido un Partido Socialista menor, mucho más pequeño que los comunistas, tuvo la oportunidad de dirigir en 1983 el gobierno de coalición con el Partido Demócrata Cristiano más grande y procedió a eliminar la pesada dosis de estatismo existente desde los tiempos de Mussolini. El sector público había sido ampliado por los demócrata-cristianos, en los aproximadamente 40 gobiernos que encabezaron desde el fin de la guerra en adelante, gracias a la importancia que daban a los programas corporatistas y comunitarios. Craxi, en un intento por dar un papel distinto a su partido, enfrentado a la fuerza masiva de la Iglesia que apoyaba a los demócrata-cristianos y a los comunistas de origen proletario, modificó la ideología del Partido Socialista en los años setenta. El partido “se movió rápidamente hacia el centro del espectro”, proclamando que “era el único partido ‘moderno’ en el país y el único capaz de representar al grupo en ascenso, resultado

<sup>15</sup> Tom Gallagher y Allan M. Williams, “Introduction”, Gallagher y Williams (eds.), *Southern European Socialism*, Manchester University Press, Manchester, 1989, p. 3. El carácter económicamente “conservador” de la política socialista en estos países se indica en los diversos ensayos de este libro.

<sup>16</sup> Allan M. Williams, “Socialist Economic Policies: Never Off the Drawing Board?”, en Gallagher y Williams (eds.), *Southern European Socialism*, pp. 189-191.

<sup>17</sup> Christos Lyrantzis, “PASOK in Power: The Loss of the ‘Third Road to Socialism’”, en Gallagher y Williams (eds.), *Southern European Socialism*, pp. 42-43. Véase también James Petras, “The Contradictions of Greek Socialism”, en *New Left Review*, mayo-junio de 1987, pp. 3-27 y Louis Lefebvre, “The Socialist Experience in Greece”, en *International Journal of Political Economy*, invierno de 1989-1990, pp. 32-55.

del desarrollo económico cada vez más avanzado del país". Esto incluye a los "pequeños hombres de negocios considerablemente exitosos, a empresarios y profesionales".<sup>18</sup> El gobierno de Craxi duró tres años, un récord entre los regímenes de la postguerra. Es notable debido a que inició un proceso de privatización de la industria y presionó a los sindicatos para obtener mayores concesiones. Redujo los aumentos salariales, regularizó las huelgas y reformó el Estado de bienestar, "aumentando gradualmente la edad de jubilación y agregando severas normas a las pensiones de invalidez".<sup>19</sup> El control de las rentas se suavizó gradualmente para abrir el mercado de la vivienda.<sup>20</sup>

Los socialistas han llegado electoralmente a una posición tal que actualmente representan una amenaza para la posición dominante del PCI en la izquierda. En las elecciones gubernamentales locales de mayo de 1989, por primera vez desde la guerra, el PSI obtuvo un porcentaje de votos más elevado que el de los comunistas: 19.1% y 16.9%, respectivamente.<sup>21</sup> Durante los años setenta, el PCI obtenía generalmente alrededor de una tercera parte del voto, mientras que los socialistas sólo representaban cerca del 10 %.

Desde que disminuyó la fuerza de los comunistas italianos de su punto más alto en 1976, con pérdidas importantes de votos y miembros, éstos intentaron modernizar su fachada destacando la independencia del partido respecto de la Unión Soviética, su compromiso con un sistema plural multipartidista, la aprobación de la pertenencia de Italia a la OTAN y un creciente rechazo al marxismo, marcado por el reconocimiento explícito de las virtudes de la economía de mercado aún antes de que Gorbachov llegara al poder en la Unión Soviética.<sup>22</sup> A principios de 1989, Daniel Singer escribió que el partido había renunciado a

atacar al capitalismo. Se ha convertido en un partido socialdemócrata en todo menos en nombre, ... (y) propone que en el Parlamento Europeo de Estrasburgo se abandone al grupo comunista y se apoye al socialista ...<sup>23</sup>

Achille Occhetto, el secretario general del PCI, proclamó: "no somos parte de un movimiento comunista internacional ... No queda absolutamente nada del comunismo como sistema orgánico y unitario".<sup>24</sup> El último cambio es la renuncia a su

<sup>18</sup> Stephen Hellman, "Politics Italian Style", en *Current History*, noviembre de 1988, pp. 367, 394.

<sup>19</sup> Spencer M. DiScala, *Renewing Italian Socialism: Nenni to Craxi*, Oxford University Press, Nueva York, 1988, pp. 221-222.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 213-214.

<sup>21</sup> "Italian Socialist Pass Communist at Polls", en *The New York Times*, primero de junio de 1989, p. A12.

<sup>22</sup> Alan Riding, "Italy's Battered Communists Reinvent Themselves Again", en *The New York Times*, 25 de marzo de 1989, p. A8.

<sup>23</sup> Daniel Singer, "Achille's Gamble" en *The Nation*, 24 de abril de 1989, p. 545; Alan Riding, "Italy's Communists Try Not to be Ideologues", en *The New York Times*, 7 de mayo de 1989, IV, p. 3.

<sup>24</sup> Clyde Haberman, "Chinese Upheaval Shakes Italy's Communists", *The New York Times*, 9 de junio de 1989, p. A13.

nombre, por lo que propone “reencontrar al partido bajo un nuevo nombre ... (y) unirse a la Internacional Socialista”.<sup>25</sup> Insiste: “Queremos la democracia, ya no como un medio para llegar al socialismo, sino como un fin universal en sí mismo. Si nuestro partido estuviera en Estados Unidos, nos podríamos llamar el Partido Liberal”. Y comentando favorablemente acerca del sistema político estadounidense, lo describe como “un sistema de alternativas, de pesos y con contrapesos equilibrados que permiten una mejor solución a las cuestiones morales se resuelvan mejor” que en Italia.<sup>26</sup>

En España, el primer ministro socialista Felipe González, reelecto para un tercer período en 1989, transformó a su partido, alguna vez marxista en su fase inicial posterior a Franco, apoyando la privatización, el mercado libre y a la OTAN.<sup>27</sup> Hace algunos años señaló, en una formulación casi churchiliana, que una economía de mercado libre está marcada por la avaricia y la corrupción y resulta en la explotación de los débiles, pero “el capitalismo es el sistema económico menos malo que existe”.<sup>28</sup> Más recientemente, en 1988, comentó: “Mi problema no es que haya gente rica, sino que haya gente pobre”, tratando de justificar la importancia dada al crecimiento económico frente a la redistribución.<sup>29</sup> Los exitosos esfuerzos de González por fomentar el crecimiento y reducir la inflación, han incluido políticas que hacen aparecer a su gobierno como “a la derecha del de Thatcher”.<sup>30</sup> Éstas incluyen “menores aumentos salariales ... (y) políticas monetarias restrictivas” que han provocado conflictos con los sindicatos.<sup>31</sup> Después de su estrecha victoria electoral en octubre de 1989, González volvió a subrayar que para continuar con el elevado índice de crecimiento económico del país, era necesario “llevar a cabo políticas atractivas para los ejecutivos españoles y los inversionistas extranjeros”. Éstas lograron su objetivo. Al revisar los factores subyacentes en el triunfo socialista en las urnas, Alan Riding, corresponsal del *New York Times*, cita a un prominente industrial, quien afirma que “la nueva derecha apoya a los socialistas. Ellos ... están completamente comprometidos con la economía de mercado”.<sup>32</sup>

<sup>25</sup> “Meanwhile, Elsewhere in Europe”, *The Economist*, 18 de noviembre de 1989, pág. 58; Clyde Haberman, “Italy Communists Will Change Name”, *The New York Times*, 26 de noviembre de 1989, p. Y9.

<sup>26</sup> Jennifer Parmelee, “Italian Communist Chief Reshaping Party Image”, *The Washington Post*, 16 de mayo de 1989, p. A12.

<sup>27</sup> Para una visión de conjunto véase Donald Share, “Dilemmas of Social Democracy in the 1980s: The Spanish Socialist Workers Party in Comparative Perspective”, en *Comparative Political Studies*, octubre de 1988, pp. 408-435.

<sup>28</sup> Citado en Gallagher y Williams, “Introduction”, p. 3 (subrayado de SML9).

<sup>29</sup> “Leader of the Pack”, *The Economist*, 11 de marzo de 1989, análisis de España.

<sup>30</sup> “As Gonzalez Glides Rightward”, *The Economist*, 11 de febrero de 1989, p. 43.

<sup>31</sup> “The Next Transition”, *The Economist*, 11 de marzo de 1989, análisis de España.

<sup>32</sup> Alan Riding, “The Spanish Victory: A Mandate for the Socialists”, *The New York Times*, 31 de octubre de 1989, p. A3.

*Francia*

La misma ola de moderación ideológica y programática está ganando terreno al norte de los Alpes y los Pirineos. En Francia, los socialistas han “comprendido que la creación de riqueza debe tener prioridad frente a la redistribución de la riqueza entre los menos acomodados”.<sup>33</sup>

En 1981 los socialistas franceses, con François Mitterrand al frente, después de buscar la instrumentación de sus compromisos históricos de nacionalización y redistribución del ingreso en su primer año en el poder, fueron testigos de los descalabros económicos que producían estos cambios “y alrededor de la primavera de 1983 ya habían dado marcha atrás a casi todas las prioridades de su plan original”. El ministro socialista Jacques Delors reconoció que: “Los socialistas están en proceso de hacer los ajustes que el gobierno de Barre (la administración conservadora que habían atacado y derrotado en 1981) no se atrevió a hacer, ni políticamente ni en términos de las clases sociales”.<sup>34</sup> La nacionalización resultó un desastre económico. Enfrentado con la necesidad de competir en el mercado internacional, “el gobierno adoptó un programa de austeridad controlada. Los salarios fueron desindexados, lo que significa que su valor real cayó y las ganancias absorbieron todas las conquistas logradas por la productividad”.<sup>35</sup>

Mitterrand ganó la reelección en 1988. Su candidato a primer ministro para su segundo período, Michel Rocard, líder de las fuerzas socialdemócratas en el partido, se asemeja a Craxi y a González en su manejo de la política y la economía. También sostiene que el camino hacia la justicia social y económica es agrandar el pastel, impulsar la inversión creciente de modo que todos puedan obtener una rebanada más grande, objetivo mejorado por las reducciones fiscales. Rocard y el ministro de Finanzas Pierre Berégovoy, han subrayado la necesidad de la restricción salarial aplazando al mismo tiempo la distribución.<sup>36</sup>

En los años ochenta, los socialistas se alejaron de su histórica hostilidad a las empresas en la medida en que reconocieron que la empresa es el motor que incrementa la productividad, comportamiento apenas presente en la industria paraestatal. “Una vez que los socialistas entendieron que la gallina del capitalismo no pone automáticamente los huevos de oro, comenzaron a revisar sus ideas sobre la importancia de la empresa, el empresario y la ganancia”.<sup>37</sup> Jean-Pierre Cheve-

<sup>33</sup> William Randolph Hearst, Jr., “American Trade and Aid”, *San Francisco Examiner*, 5 de noviembre de 1989, p. A25.

<sup>34</sup> Michael Harrington, *The Next Left. The History of a Future*, Henry Holt & Co., Nueva York, 1989, p. 116. Véase también pp. 116-140 para una excelente relación de los cambios.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 139.

<sup>36</sup> “Very Soft Left”, *The Economist*, 9 de julio de 1988, p. 42. Véase también Howard LaFranchi, “Socialist Party Searches for Identity”, *The Christian Science Monitor*, 5 de marzo de 1990, p. 4, y David Bell, “Parti Games”, *New Statesman and Society*, 16 de marzo, 1990, p. 21.

<sup>37</sup> Julius W. Friend, *Seven Years in France: François Mitterrand and the Unintended Revolution, 1981-1988*, Westview Press, Boulder, CO, 1989, p. 11.

nement, ministro socialista de Industria e Investigación, señaló la necesidad de dar a “la industria el respeto que siempre le ha faltado en nuestro país”.<sup>38</sup>

Durante las elecciones de 1988, Mitterrand y Rocard dieron el poco común paso de argumentar que era poco sano para el país que un partido, el suyo propio, tuviera tanto la mayoría en el parlamento como la presidencia. El presidente dijo: “Gobernar no es saludable para un partido”. En efecto, ellos sostenían que un gobierno de centro con cierto control es preferible al control total de una tendencia ideológica. De hecho, Rocard prometió públicamente una “apertura hacia el centro”.<sup>39</sup> Así, no es sorprendente el resultado de un estudio en el sentido de que al principio de los años noventa “el 61 % del público francés no es capaz de distinguir la diferencia entre la izquierda y la derecha”.<sup>40</sup>

### *Alemania y Austria*

Los grandes partidos socialdemócratas de Alemania y Austria rechazaron el marxismo e iniciaron el camino para convertirse más que en partidos de clase, en “receptáculos eclécticos” populistas con mayor rapidez que la mayoría de sus contrapartes continentales. Como se indicó anteriormente, el partido alemán señaló la trayectoria para los otros afiliados a la Internacional en su programa Bad Godesberg, adoptado en 1959. Una historia reciente de Alemania señala: “El programa representó un cambio fundamental en la dirección filosófica del partido: pasó de ser principalmente marxista y adoptar soluciones marxistas a los problemas de la vida social y económica, a reconocer abiertamente los logros del capitalismo liberal. . . Por lo tanto, rechazó el objetivo del Estado propietario de los medios de producción. . .”<sup>41</sup> Como politólogo, Russell Dalton subraya que “Carlos Marx se sorprendería al leer este programa y enterarse de que la libre competencia económica era una de las condiciones esenciales de una política económica socialdemócrata”.<sup>42</sup> En 1976, el

<sup>38</sup> Citado en Suzanne Berger, “French Business from Transition to Transition”, en George Ross, Stanley Hoffman y Sylvia Malzacher (eds.), *The Mitterrand Experiment, Continuity and Change in Modern France*, Oxford University Press, Nueva York, p. 192.

<sup>39</sup> “France’s Fifth Republic Sure-footed”, *The Economist*, 1 de octubre, 1988, p. 20.

<sup>40</sup> Bell, “Parti Games”, p. 21.

<sup>41</sup> Dennis L. Bark y David R. Gress, *From Shadow to Substance 1945-1963*, Basil Blackwell, Oxford, 1989, p. 445; Adolf Sturmthal, *Left of Center. European Labor Since World War II*, University of Illinois Press, Urbana, 1983, pp. 54, 59-66; Andrei S. Markovits, *The Politics of West German Trade Unions*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 91-93.

<sup>42</sup> Russell V. Dalton, *Politics in West Germany*, Scott, Foresman and Co., Glenview, IL., 1989, pp. 260, 286; Gerard Blumenthal, “The Social Democratic Party”, en H. G. Peter Wallach y George K. Romoser (eds.), *West German Politics in the Mid-eighties: Crisis and Conformity*, Praeger Publishers, Nueva York, 1989, p. 84. La federación alemana de sindicatos, la DGB, también modificó drásticamente su compromiso con el estatismo en su Programa Dusseldorf de 1983, que reveló “una conciencia de que el alcance, y la calidad de las inversiones representaba un ingrediente clave para el éxito o el fracaso de una economía moderna”. El documento “menciona la planificación sólo como una pequeña parte del proyecto global para una economía de mercado de otra manera competitiva”. Markovits, *The Politics*, p. 103.

canciller socialdemócrata Helmut Schmidt señaló los intereses de su partido como una ampliación de las ganancias: “Las ganancias de las actuales empresas son las inversiones de mañana y las inversiones de mañana son el empleo del día siguiente.”<sup>43</sup> Cuando los socialdemócratas dirigieron el gobierno entre 1969 y 1982, no pugnaron por cambios estructurales u otros cambios importantes. Las reformas propuestas “tales como vacaciones laborales con fines educativos, la creación de fondos de inversión en manos de los trabajadores —contrastando con el programa de nacionalización—. . . fueron en buena medida desechadas de la agenda del gobierno [de Schmidt]”. Para controlar la deuda nacional, a principios de los ochenta el gabinete planteó públicamente la posibilidad de mayores recortes en los servicios sociales para los estratos más bajos y en el seguro de desempleo, programas adoptados por sus sucesores demócrata-cristianos.<sup>44</sup>

Después de dejar el poder, el PSD trató de evaluar sus compromisos básicos. En 1984, una comisión del partido creada para analizar el futuro del Estado de bienestar, señaló que los socialdemócratas sólo podrían “defender con éxito el Estado de bienestar contra sus críticos conservadores y liberales, si plantearan públicamente su profunda reforma”. Concluía que “la economía simplemente no apoyará una política social que apunte solamente hacia un incremento de la participación relativa del presupuesto social en el ingreso nacional”. Tan sólo mantener los servicios sociales existentes requerirá de “un incremento sustancial de los impuestos”, en torno a los cuales la comisión duda si son “posibles o siquiera deseables”.<sup>45</sup>

Durante los años ochenta, el PSD perdió una parte de su apoyo electoral que pasó al Partido Verde. Como reacción a ello, en una conferencia nacional en diciembre de 1989, adoptó el Programa Berlín, “descrito como el Bad Godesberg más feminismo y ambientalismo”.<sup>46</sup> Oskar Lafontaine, vicepresidente y actualmente candidato a canciller, cuyos seguidores mayoritarios pertenecen a “la nueva clase media”, pretende centrarse menos en la intervención gubernamental en el proceso económico. Señala categóricamente: “o se elimina el sistema o se respetan las reglas del juego”.<sup>47</sup> Estas políticas han ganado el apoyo al PSD entre algunos “empresarios modernos”, entre quienes podemos mencionar notablemente al presidente ejecutivo de la Daimler-Benz (Mercedes), Edzard Reuter, miembro activo y participante del partido.

<sup>43</sup> Citado en Adam Przeworski, *Capitalism and Social Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, p. 43.

<sup>44</sup> Klaus von Beyme, “Policy-making in the Federal Republic of Germany: A Systematic Introduction”, en Klaus von Beyme y Manfred G. Schmidt (eds.), *Policy and Politics in the Federal Republic of Germany*, Gower, Londres, 1985, pp. 9-10.

<sup>45</sup> Documento del SPD sobre “The Future of the Social Welfare state”, reimpresso en Peter J. Katzenstein, *Policy and Politics in West Germany*, Temple University Press, Filadelfia, 1987, pp. 204-205. Véase también Markovits, *The Politics*, p. 428.

<sup>46</sup> David Goodhart, “SPD Agrees Programme Under Shadow of German Question”, *Financial Times*, 21 de diciembre de 1989, p. 2.

<sup>47</sup> “SPD Debate Over Lafontaine Reform Continues”, Foreign Broadcast Information Service, República Federal de Alemania, 7 de febrero de 1989, pp. 19-20.

El partido austriaco ha estado en el poder tanto de manera individual como en coalición con su rival más poderoso desde la segunda guerra. Como resultado de la nacionalización de todas las propiedades de origen alemán a fines de la guerra, el país tiene más propiedad pública que ninguna otra sociedad occidental. Sin embargo, las empresas nacionalizadas operan como compañías privadas en cuanto a las decisiones de inversión, la negociación colectiva y los dividendos. El gobierno no ha intentado una planeación económica:<sup>48</sup> a pesar de los resultados electorales, las empresas, los sindicatos y el gobierno se han adherido a una política de alianza corporativista diseñada para mantener la estabilidad económica, evitar las huelgas y fomentar el crecimiento. Los sindicatos vinculados al partido han “aceptado acuerdos de reducción salarial, contribuyendo así a mantener bajos los costos”.<sup>49</sup> El partido en el gobierno “se propone políticas cuyo objetivo sea más el crecimiento que la redistribución”.<sup>50</sup> A partir de mediados de los años ochenta, a medida que el país enfrentaba crecientes dificultades económicas y enormes déficit presupuestales, la administración de tendencia socialista de Franz Vranitzky inició una política de desnacionalización y desregulación graduales.<sup>51</sup> Los bancos y las industrias estatales han sido vendidos a compañías privadas, incluyendo a compañías extranjeras, o sus acciones han sido colocadas en las bolsas de valores austriacas y extranjeras. Esto incluye la energía, los ferrocarriles, la minería, la siderurgia, los plásticos y otras ramas de la industria.<sup>52</sup> El ministro socialista de Finanzas, Ferdinand Lacina, redujo los impuestos sobre el ingreso y está pugnando por reformar el sistema de pensiones, para favorecer los sistemas privados.<sup>53</sup>

Ambos partidos de habla alemana continúan su adhesión a los lineamientos del Bad Godesberg. Han aceptado las políticas monetaristas restrictivas del Bundesbank (que Austria sigue desde que el schilling tiene paridad con el marco). Al operar en dos y un tercer sistema de partido, lo cual actualmente hace casi imposible proyectar un gobierno de mayoría, no difieren mucho en términos de política interna de sus más grandes rivales: el Demócrata-cristiano y el Partido del Pueblo. Fundamentalmente, la política nacional de los dos países se caracteriza por una competencia entre el centro-izquierda y el centro-derecha. En Alemania, los

<sup>48</sup> Peter J. Katzenstein, *Corporatism and Change: Austria, Switzerland and the Politics of Industry*. Cornell University Press, Ithaca, NY, 1984, pp. 49-51, 65.

<sup>49</sup> “Austria: The Shadow of the Past”, en *The Economist*, 25 de febrero de 1989, estudio sobre Austria, p. 7.

<sup>50</sup> Peter J. Katzenstein, *Small States in World Markets: Industrial Planning in Europe*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1985, p. 88-89.

<sup>51</sup> Wolfgang C. Mueller, “Privatising in a Corporatist Economy: The Politics of Privatization in Austria”, en *West European Politics*, octubre de 1988, pp. 108-113.

<sup>52</sup> Clifford Stevens, “Austria Begins Denationalization Policy to Stem Losses, Finance New Investment”, en *The Wall Street Journal*, 27 de octubre, 1986, p. 35; Diana Federman y Clifford Stevens, “Austria Looks West for Help in Rejuvenating Economy”, en *The Wall Street Journal*, 20 de mayo de 1987, p. 30; “Austrian Privatization”, *The New York Times*, 17 de noviembre de 1988, p. D21; “Austria”, en *The Economist*, estudio sobre Austria, pp. 8-9, 14.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 15.

socialistas han sido más críticos de la estrecha vinculación con Estados Unidos y han apoyado las reformas ambientales en mayor medida que sus oponentes más poderosos.

### *Escandinavia*

Si miramos hacia el Norte, a la región central de la fuerza socialista europea, Escandinavia, la historia se repite. El partido socialista electoralmente más poderoso, el Socialdemócrata sueco, que ha estado en el poder desde principios de los años treinta, con excepción de dos períodos entre 1976 y 1982, ha revertido el aumento de los salarios, el elevado impuesto sobre la renta, y su orientación hacia gastos de seguro de desempleo. Paradójicamente, “los así llamados ‘partidos burgueses’ —liberales, de centro y conservadores— nacionalizaron un mayor número de industrias durante sus primeros tres años en el poder (1976-1979), que los socialdemócratas en los cuarenta años previos. Y desde que regresaron al poder en 1982, los socialdemócratas han llevado a cabo diversas medidas de privatización”.<sup>54</sup> Más adelante, “con la aprobación de los sindicatos, [el ministro socialista] Palme devaluó la corona sueca, comercializó exportaciones más competitivas, incrementó el empleo y redujo el ingreso real de quienes poseían un empleo, la mayoría de los cuales votó por él. Pero Suecia (y Austria, quien siguió políticas similares) tiene un movimiento obrero que. . . está comprometido con valores ‘solidarios’”, esto es, dispuesto a “articular un ‘interés general’ más que las demandas particulares de un sector de la fuerza de trabajo”.<sup>55</sup>

A mediados de los años setenta, los socialdemócratas suecos decidieron utilizar los impuestos corporativos para establecer un fondo mutuo “controlado por los trabajadores”, con el objeto de adquirir paulatinamente acciones en grandes corporaciones. “Así, los fondos serían una manera de crear una propiedad social descentralizada, que con el tiempo controlaría los cargos directivos de la economía corporativa sueca.” Sin embargo, el propósito fue drásticamente modificado cuando se estableció un límite de “8% de las acciones en una corporación dada”. El debate público sobre el tema reveló que “la población en su conjunto, e incluso los electores socialistas se mostraron a menudo hostiles a la reforma”, porque temían que daría demasiado poder al Estado.<sup>56</sup>

Como lo señaló Klas Eklund, un prominente economista del partido a fines de los años ochenta: “La estrategia socialdemócrata tradicional del período de la

<sup>54</sup> Jonas Pontusson, “The Triumph of Pragmatism: Nationalization and Privatization in Sweden”, *West European Politics*, octubre de 1988, pp. 129, 133-136.

<sup>55</sup> Harrington, *The Next Left*, pp. 130-131, subrayado en el original. Véase también Sven Steinmo, “Social Democracy vs. Socialism: Goal Adaptation in Social Democratic Sweden”, en *Politics and Society*, diciembre de 1988, p. 434.

<sup>56</sup> Harrington, *The Next Left*, p. 161. Véase también Jonas Pontusson, “Radicalization and Retreat in Swedish Social Democracy”, en *New Left Review*, septiembre/octubre de 1987, pp. 17-22.

postguerra ya no es viable.” Ésta consistía en reconocer una necesidad, crear un proyecto de servicio público para satisfacerla y luego aumentar los impuestos para lograrlo.<sup>57</sup> El partido ha seguido una vigorosa estrategia de recorte fiscal y reducción de prestaciones. El ministro de Finanzas durante la mayor parte de los ochenta, Kjell-Olof Feldt, trató de reducir drásticamente el carácter progresivo del sistema fiscal de su país y subrayó la necesidad de “aceptar la propiedad privada, el incentivo de las ganancias y las diferencias de ingreso y riqueza”. En la revista del partido socialdemócrata, el dirigente socialista señaló: “La adaptabilidad de la economía de mercado para el cambio y el desarrollo y, por lo tanto, para el crecimiento económico, ha logrado eliminar más la pobreza y ‘la explotación de la clase trabajadora’ que cualquier intervención política en el sistema de distribución del mercado.”<sup>58</sup> Sostenía que el partido “no debe. . . convertirse en un partido anticapitalista”<sup>59</sup> y, por lo tanto, demandaba una “mayor orientación de mercado”, insistiendo en que el crecimiento del Estado de bienestar debe terminar. Dada la creciente inconformidad con “el desigual estado de los servicios de salud, la educación y las guarderías, el gobierno pretende aumentar la competitividad en el suministro de los servicios para mejorar la calidad y la eficiencia”. Algunos socialdemócratas han propuesto privatizar ciertos servicios básicos, incluyendo los hospitales.<sup>60</sup>

La política fiscal sueca refleja estas orientaciones. Como señala Sven Steunmo:

En Suecia. . . los impuestos sobre las ganancias de las empresas están inversamente relacionados tanto con su productividad como con su tamaño. Dicho de otra manera, entre más grande y más productiva es una corporación, más baja es su tasa impositiva. . .

En 1980, entre los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) tenía el. . . más bajo rendimiento de los impuestos a los ingresos de las corporaciones. Los impuestos suecos más onerosos desde una perspectiva comparativa, son el impuesto sobre la renta local de tarifa fija (30% en promedio), el IVA nacional (24%) y el impuesto al Seguro Social de tarifa fija (36 %). . . Además, las políticas del gobierno socialdemócrata han impulsado específicamente la concentración de capital.<sup>61</sup> Los ingresos perdidos por el recorte de 1990-1991 en los índices más altos al impuesto sobre la renta personal y corporativo, se recuperarán mediante el aumento al impuesto al valor agregado en una gama más amplia de productos y servicios...<sup>62</sup>

<sup>57</sup> Steven Greenhouse, “Sweden’s Social Democrats Veer Toward Free Market and Lower Taxes”, en *The New York Times*, 27 de octubre de 1989, p. A3. Véase también Henry Milner, *Sweden Social Democracy in Practice*, Oxford University Press, Nueva York, p. 211.

<sup>58</sup> Citado en “Mensheviksson”, en *The Economist*, 1° de abril de 1989, pp. 42-44. Véase también Steinmo, “Social Democracy”, p. 434.

<sup>59</sup> Para un perfil de Feldt, su ideología e influencia en el partido, véase Robert Taylor, “The Acceptable Face of Socialism”, en *Financial Times*, 16 de junio de 1988, IV, p. 4.

<sup>60</sup> Greenhouse, “Sweden’s Social Democrats”.

<sup>61</sup> Steinmo, “Social Democracy”, pp. 407, 411. Véase también “The Swedish Economy Survey”, en *The Economist*, 3 de marzo de 1990, survey, pp. 10, 16, 18.

<sup>62</sup> L. Gordon Corvitz, “Sweden’s Crackup: Eastern Europeans Learn There’s No Middle Way”, en *Barron’s*, 23 de julio de 1990, p. 10.

El programa del gobierno para los noventa plantea un recorte a la tarifa pagada por la mayoría de los suecos, incluyendo a los ricos y a las corporaciones, en un esfuerzo por impulsar a la gente a que trabaje más tiempo e invierta más.<sup>63</sup> Gunnar Lund, subsecretario de Finanzas, al señalar “el bajo número de horas trabajadas per cápita. . . como una causa fundamental de la miseria económica [del país]”, plantea que “la reforma fiscal debe estimular a la gente a trabajar y ahorrar más”.<sup>64</sup>

Los socialdemócratas noruegos, quienes salieron del gobierno en septiembre de 1989, intentaron seguir la política iniciada por sus camaradas suecos. Mientras estuvo en el poder, el movimiento laborista impidió los aumentos salariales y devaluó la moneda, logrando reducir la inflación; no obstante, el índice de desempleo se duplicó.<sup>65</sup> Durante los años ochenta, el partido “siguió un programa de activa ‘autocrítica’ en relación con su perfil ideológico [tradicional]. Este programa [intentó] desvincular al partido de una vez por todas del lenguaje y los símbolos del marxismo y volverlo más flexible y competente, como un instrumento versátil para el manejo de una sociedad ‘postindustrial’ o ‘capitalista tardía’”. El politólogo noruego William Lafferty preveía que el resultado ideológico del proceso sería que

el capitalismo ya no se considerara la antítesis del humanismo socialista; los mercados ya no se entenderían como aberraciones indeseables de la planeación racional. . . ; los conflictos y los intereses de clase ya no se entenderían como irrevocables o determinantes. . .<sup>66</sup>

La socialdemocracia en Dinamarca siempre ha sido la más moderada y menos anticapitalista de Escandinavia, en parte debido a su ritmo menos acelerado de industrialización y una mayor continuidad con las estructuras preindustriales.<sup>67</sup> Como lo señala Gosta Esping-Andersen:

Probablemente ningún otro partido socialista hizo las paces con la democracia parlamentaria y el capitalismo tan sutilmente como el partido danés. . . La política económica socialdemócrata danesa se ha apegado al molde del mercado liberal.<sup>68</sup>

### *Gran Bretaña y Canadá*

El movimiento de izquierda de oposición más importante de Europa, el Partido Laborista británico, que sufrió tres derrotas electorales sucesivas a manos de Margaret Thatcher y siguió políticas económicas más estatistas y de orientación

<sup>63</sup> “Sweden’s Nice Reform, Nasty Burden”, en *The Economist*, 11 de noviembre de 1989, pp. 59-60.

<sup>64</sup> “Sweden Says Tax Overhaul Will Worsen Inflation Rate”, en *The Wall Street Journal*, 14 de noviembre de 1989, p. A19.

<sup>65</sup> Steven Prokesch, “Non-Socialists Lead in Norwegian Vote”, en *The New York Times*, 12 de septiembre de 1989, p. A3.

<sup>66</sup> William M. Lafferty, “The Political Transformation of a Social Democratic State. As a World Moves in, Norway Moves Right”, en *West European Politics*, enero de 1990, pp. 98-99.

<sup>67</sup> Seymour Martin Lipset, *Political Man: The Social Bases of Politics*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, edición ampliada en 1981, pp. 54-55.

<sup>68</sup> Gosta Esping-Andersen, en *Politics Against Markets: The Social Democratic Road to Power*, Princeton University Press, Princeton, 1985, pp. 196, 215.

sindicalista, así como una política exterior más conservadora que cualquier otro partido socialdemócrata, dio un giro en 1989 bajo la dirigencia de Neil Kinnock. Se identificó con las posiciones de los moderados socialdemócratas en los campos tanto de la política interna como exterior. Con ello, Kinnock espera recuperar los votos dispersos de quienes se oponen a Thatcher, muchos de los cuales se han ido a grupos que se han atomizado y pasado a la derecha del partido.

Resumiendo las conclusiones contenidas en una revisión de los dos años de política, publicadas en mayo de 1989, los dirigentes del partido señalan que éste “abandonó su compromiso con la nacionalización anticuada y con el desarme unilateral, y aprendió a apreciar al mercado, a los consumidores y al capitalismo”.<sup>69</sup>

*The Economist* comenta que “se expresan como un Michel Rocard o un Felipe González”.<sup>70</sup> Actualmente el mercado se considera como el “motor principal de la actividad económica”.<sup>71</sup> David Marquand, un dirigente intelectual del Partido Democrático Liberal, quien abandonó el Partido Laborista porque su posición es demasiado izquierdista, señala ahora que

no cabe duda de que el Laborista. . . se ha convertido en otro Partido Socialdemócrata comprometido con. . . [una] economía mixta. . . el Laborista ha. . . dado un gran paso hacia el centro.<sup>72</sup>

El dirigente partidista Neil Kinnock plantea que los esfuerzos de su partido deberían encaminarse a lograr que el capitalismo “trabaje con más eficiencia, en forma más adecuada y más exitosa en el mercado mundial”, que continuar abogando por la nacionalización de la industria “no es socialismo, es un sueño”.<sup>73</sup> Casi parafraseando a Oskar Lafontaine, señaló en 1989 que: “La economía con la que nos hemos enfrentado es una economía de mercado y hemos logrado que funcione mejor con los *Torys*.”<sup>74</sup> Al comentar el manifiesto electoral de 1990 del Partido Laborista “Mirando hacia el futuro”, *The New Statesman* sostiene que Kinnock está “jugando al juego de George Bush de ‘lea mis labios’. . .” Propone llevar a cabo las elecciones en los términos de los *Torys*. . . prometiendo disciplina financiera. . . y que no habrá aumentos significativos en la gravación directa. . .<sup>75</sup> Al señalar todos estos avances, el *Financial Times* señala en un editorial que “la aceptación del mercado, de muchas de las reformas en las relaciones laborales del gobierno conservador, de la mayor parte de sus priva-

<sup>69</sup> “Labour Does Its Best”, en *The Economist*, 13 de mayo de 1989, p. 20.

<sup>70</sup> “To the Boats for the Tories?”, en *The Economist*, 17 de marzo de 1990, p. 13.

<sup>71</sup> “Modern Times, Labour-Style”, en *The Economist*, 13 de mayo de 1989, p. 61.

<sup>72</sup> David Marquand, “Don’t Be a Chip Off the Old Blockers”, en *The Guardian*, 12 de junio de 1989, p. 16.

Véase también Marquand, “Keep Right On”, en *The New Statesman and Society*, 21 de junio de 1989, pp. 20-21.

<sup>73</sup> Citado en Jeff Greenfeld, “Challenging the Liturgy”, *The West Side Spirit*, 28 de mayo de 1989, p. 13.

<sup>74</sup> Citado en Craig R. Whitney, “Is He a Match For Thatcher?”, en *The New York Times Magazine*, 15 de julio de 1990, p. 36.

<sup>75</sup> “Tax Evasion”, en *The New Statesman and Society*, 1º de junio de 1990, p. 4.

tizaciones y del escaso margen para aumentar el gasto público es un homenaje, aunque reticente, del Partido Laborista al primer ministro”, es decir, a Margaret Thatcher.<sup>76</sup> Un estudio realizado en junio de 1990 sobre los empresarios británicos, aunque aún los encuentra reticentes respecto del Laborista a causa de “su experiencia de los años setenta”, concluye que los recientes esfuerzos del partido “por presentar una imagen más responsable para las empresas”, han tenido éxito en virtud de que “los conservadores no se pueden ya apoyar en el temor de un gobierno Laborista para obtener apoyo de las empresas”.<sup>77</sup>

Otro partido socialdemócrata de oposición más pequeño de la Commonwealth, los Nuevos Demócratas de Canadá, se inclinó en la misma dirección que su hermano mayor británico. Ed Broadbent, el entonces dirigente del partido, señaló en 1989 que la verdadera polémica acerca del futuro no es en torno a la conveniencia de una economía de mercado. Para la mayoría de la gente sensata esa polémica actualmente está cancelada. Los Nuevos Demócratas creemos en el mercado, incluidas las decisiones de inversión privada, la reducción de tarifas, la propiedad privada, la libre disposición de capitales, el derecho a las ganancias, la decisión descentralizada. . . Nuestras políticas evolucionan a la par que el mundo.<sup>78</sup>

El movimiento socialdemócrata más grande del Canadá francés, el nacionalista Parti Québécois (PQ), ascendió al poder en las provincias de 1976 a 1985. Su actuación en el gobierno se asemeja al del Partido Socialista francés. En un principio introdujo una serie de medidas socialdemócratas, incluyendo la nacionalización de algunas industrias, aumento al salario mínimo y mejoras en la provisión de medicina estatal. Sin embargo, cuando se enfrentaron con problemas de inflación y desempleo crecientes, los socialdemócratas de Quebec dieron marcha atrás. “Empezaron a cuestionar la eficiencia de las industrias nacionalizadas desde 1978 y el pensamiento económico más reciente se relaciona más con el papel del sector privado.” A principios de los años ochenta, recortaron drásticamente el gasto público, incluyendo el ingreso real de los empleados estatales, lo que produjo ásperos enfrentamientos con los burócratas y los sindicatos.<sup>79</sup> Desde que perdió el poder, el PQ se ha alejado cada vez más de los elementos estatistas de su ideología.

### *Asia: Japón e Israel*

Este examen de la moderación ideológica socialista en los años ochenta, concluye con las dos formas de gobierno asiáticas económicamente desarrolladas y democráticas, Japón e Israel. En la primera, el Partido Socialista (PSJ), que se

<sup>76</sup> “Labour and the Economy”, en *Financial Times*, 21 de mayo de 1990, p. 14.

<sup>77</sup> Charles Leadbeater, “Business Still Cautious of Labour”, en *Financial Times*, 15 de julio de 1990, p. 6.

<sup>78</sup> Citado en Charlotte Gray, “Designer Socialism”, en *Saturday Night*, agosto de 1989, p. 8..

<sup>79</sup> John Fitzmaurice, *Quebec and Canada, Past, Present and Future*, C. Hurst and Company, Londres, 1985, pp. 198-200.

había desarrollado en un gueto electoral marxista y neutral sin que hubiera un esfuerzo real por desafiar al prolongado gobierno de los demócratas liberales a través de alternativas políticas viables. Finalmente y como resultado de los escándalos en el partido gobernante, despertó en 1989 ante el desafío de ganar el poder. Su primer líder femenino, Takako Doi, resaltó la determinación de romper la “inercia de la oposición eterna” alcanzando “a todos los sectores de la población”.<sup>80</sup> Otro funcionario del partido, Sukio Iwatate, afirmó con asombro: “Estamos discutiendo la concesión”, un concepto que encuentra ajeno el alguna vez partido marxista dogmático “acostumbrado a ser irrelevante”. Doi señala que su partido no está “interesado en nacionalizar las industrias privadas japonesas. . .”<sup>81</sup> “Ya no menciona la posibilidad de dismantelar las fuerzas militares de Japón, abandonando su tratado de seguridad con Estados Unidos que data de hace 29 años, o paralizar las plantas nucleares que suministran a Japón una tercera parte de su energía eléctrica.”<sup>82</sup> En un análisis de política partidista en *The Japan Economic Journal*, se comenta que con Doi el “PSJ apoya la economía capitalista, ya no busca la nacionalización de corporaciones y apoya el libre comercio”, además de flexibilizar su posición en lo tocante a la regulación.<sup>83</sup> El corresponsal en Tokio de *The Economist* señala que “la mayoría de los socialistas concuerdan en que las economías controladas por el Estado fracasaron miserablemente.”<sup>84</sup> Como resultado de lo anterior, según el politólogo Masataka Kosaka, “pocos japoneses. . . creen que Japón sería socialista con el Partido Socialista. Por primera vez Japón está tranquilo frente a la perspectiva de un gobierno socialista.”<sup>85</sup> Algunos expertos en empresas extranjeras están de acuerdo en que las empresas japonesas no. . . temen un gobierno socialista”. Chris Rusell, director de análisis accionarios en una de las principales corredoras de bolsa que operan en Tokio, sostiene incluso que

el Partido Socialista de Japón está a la derecha de muchos partidos de derecha de otros países. . . las políticas de un gobierno socialista no serían tan diferentes de las del PLD.<sup>86</sup>

En el otro extremo de Asia, hubo un resultado similar en Israel, con la transformación de un movimiento socialista comprometido, con raíces personales e ideo-

<sup>80</sup> “Doi Says JSP Will Shift Gears to Fulfill Campaign Promises”, en *The Japan Times*, 13 de agosto de 1989, p. 1.

<sup>81</sup> Steven R. Weisman, “After Victory, Japan Leftists Face Scrutiny”, en *The New York Times*, 30 de julio de 1989, p. 9.

<sup>82</sup> David E. Sanger, “Japan’s Opposition Tailors Itself to the Mainstream”, en *The New York Times*, 21 de julio de 1989, p. A3.

<sup>83</sup> Sumio Kido, “JSP Battling Image as Party of Idealists”, en *The Japan Economic Journal*, 12 de agosto de 1989, p. 6; “JSP Leaders Want to Drop Goal of Socialist Revolution”, en *The Japan Times Weekly International Edition*, 26 de marzo-1° de abril, 1990, p. 2.

<sup>84</sup> “How Doi Might Do It”, en *The Economist*, 29 de julio de 1989, p. 30.

<sup>85</sup> Sanger, “Japan’s Opposition”.

<sup>86</sup> Susan Moffat, “Maybe Japan Doesn’t Really Need Political Leadership”, en *The Japan Times*, 14 de agosto de 1989, p. 17.

lógicas en Europa del Este y Rusia, en otro que acepta la necesidad de la empresa privada, de una economía de mercado como el camino más viable para construir una economía nacional fuerte y elevar el nivel de vida del sector más oprimido. Mucho antes de la creación del Estado de Israel en 1948, surgió una sociedad fundamentalmente colectivista, “encabezada por individuos e instituciones. . . profundamente comprometidos con una ideología socialista-sionista. . . el movimiento sindical (la *Histadrut*), los partidos políticos de centro-izquierda y el movimiento del *kibbutz* (granjas colectivas)”.<sup>87</sup> Desde sus orígenes en una sociedad de colonizadores inmigrantes, la *Histadrut* no sólo ha sido un sindicato que representa a cerca del 90% de la fuerza de trabajo empleada, sino que ha sido también el “contratista más grande del país: es dueño de fábricas, compañías constructoras. . . el transporte, la agricultura, bancos, editoriales, cooperativas y servicios médicos”.<sup>88</sup> Hevrat Ovdim, la compañía más importante de la *Histadrut*, emplea el 22% de la fuerza de trabajo. Su unidad más grande, Koor, un conglomerado masivo mencionado por *Fortune* entre las 500 corporaciones más grandes del mundo, en 1987 produjo el “10% de los 35 000 millones de dólares de PNB y el 12% de las exportaciones industriales de Israel”.<sup>89</sup>

Los partidos socialistas dominaron el gobierno en las primeras tres décadas de existencia del país, hasta 1977, y ampliaron la propiedad pública hacia varios terrenos, incluyendo las líneas aéreas, el transporte marítimo, los ferrocarriles, la fabricación de aviones, las comunicaciones, los servicios y los productos químicos. Si se consideran todas las formas de empresas no productivas —cooperativas de productores, *Histadrut* y el gobierno—, Israel tuvo la economía más socializada fuera del mundo comunista.

A medida que Israel absorbió a poblaciones de inmigrantes no comprometidas con el socialismo, económicamente desarrolladas y con un sector privado en franca expansión, muchas de sus instituciones socialistas resultaron relativamente independientes (en comparación con las empresas privadas) y absolutamente ineficientes (operando con pérdidas). Así declinó el entusiasmo por las empresas no productivas. Los socialistas perdieron el control del gobierno en las elecciones de 1977 y desde entonces no han recuperado la mayoría, aunque el Partido Laborista formó parte de un gobierno de coalición con el partido derechista Likud de 1986 a 1990.

Casi todos los economistas académicos israelíes, aunque partidarios de la izquierda por razones de política exterior (son pacifistas), presionan actualmente al Partido Laborista para que acepte políticas de libre mercado. Y durante los años ochenta, muchas de las instituciones no productivas, como las diferentes compañías propiedad de la Koor y las diversas empresas estatales, se identificaron como posibles candidatas a la privatización.

<sup>87</sup> Alan Arian, *Ideological Change in Israel*, The Press of Case Western Reserve University, Cleveland, 1968, p. 6.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>89</sup> Benjamin Rubin, “Koor: Israel’s Economic Crisis of Faith”, en *Midstream*, noviembre de 1989, pp. 3-4.

Aunque el Partido Laborista y la *Histadrut* pretenden mantener el “*kibbutzim*”, aceptan cada vez más la necesidad de vender buena parte del sector público y de las cooperativas.<sup>90</sup> Las industrias estatales puestas en venta incluyen la aerolínea nacional El Al, Bezak Telecommunications, Israel Chemicals y Zim Cables. El dirigente del Partido Laborista, Shimon Peres, quien estuvo a cargo de la política económica en el gobierno de coalición de 1986-1990, como ministro de Finanzas sostenía, aún en el poder, que “su primera prioridad es impulsar la inversión y crear empleos. Atacar los problemas sociales es secundario. . .” Sus asesores económicos le aconsejaron que para lograrlo debía reducir el presupuesto “recortando el gasto social”, consejo que siguió. Entre otros cambios propuestos por el dirigente laborista estaban: la abolición de la enseñanza gratuita y de los subsidios para huevos y aves de corral, recortes en los pagos de Seguro Social y las pensiones familiares, y la suspensión de los préstamos hipotecarios gubernamentales para parejas jóvenes.<sup>91</sup> El *Jerusalem Post* describe a su consejero más cercano, el ex diputado y ministro de Finanzas Yossi Beilin, como “un socialista. . . [que] aboga firmemente por la privatización.” No sólo eso: señala la incapacidad de poner a todas las compañías del país. . . a merced de la competencia desenfrenada como una de las razones de la falta de crecimiento económico en Israel”.<sup>92</sup>

La *Histadrut* reconoció la necesidad de seguir políticas similares en una economía propiedad de los obreros. Koor, que enfrentaba la perspectiva literal de la bancarrota debido a que mantuvo a una serie de unidades improductivas, se resistió a despedir a trabajadores innecesarios, y estuvo dispuesta a otorgar aumentos no justificados frente a las ganancias, decidió que debía venderlas a inversionistas privados, inevitablemente extranjeros.<sup>93</sup> El conglomerado ha estado a punto de paralizar o poner en venta a casi dos docenas de compañías. Básicamente, Koor, como muchos gobiernos socialdemócratas y comunistas, está pasando, en palabras de uno de sus funcionarios, por “una transición hacia una forma de pensar comercial”. El secretario general de la *Histadrut*, Yisrael Kesar, señaló las semejanzas entre los problemas que enfrenta su organización y las economías de Europa del Este al abogar por “una perestroika para la *Histadrut*”, con el fin de obtener “ayuda financiera para las operaciones que enfrentan graves problemas”.<sup>94</sup> Los socialistas israelíes, como muchos de sus contrapartes, aceptan públicamente las reglas del mercado.

<sup>90</sup> Ralph Mandel, “Israel”, en *American Jewish Year Book 1989*, vol. 89, American Jewish Committee, Nueva York, 1989, p. 414; Judy Maltz, “No to Koor Write-off Plan”, *The Jerusalem Post International Edition*, 23 de diciembre de 1989, p. 5.

<sup>91</sup> N.D. Gross, “Hostile Reception for Peres Budget”, en *The Jerusalem Post International Edition*, 30 de diciembre de 1989, pp. 1-2.

<sup>92</sup> “The Socialist Who Pushes Privatization”, en *The Jerusalem Post International Edition*, 16 de junio de 1990, p. 20.

<sup>93</sup> “Koor on the Block”, *The Jerusalem Post International Edition*, 20 de enero de 1990, p. 24.

<sup>94</sup> Rubien, “Koor”, p. 7.

### *Europa*

Si los socialistas pudieran señalar un gran éxito, el cual se celebraría como el triunfo de sus valores internacionalistas históricos, sería el surgimiento de una Europa unida, en cuyo Parlamento son el partido más grande. Ellos y los comunistas italianos han percibido la causa de la Comunidad como propia. Sin embargo, como señala Regis Debray, importante intelectual francés y asesor oficial de Mitterrand en asuntos de política exterior de 1983 a 1989,

la liberación de los movimientos de capital a través de las fronteras en la Europa liberal de 1992, reducirá sustancialmente los ingresos fiscales de las ganancias de capital, aumentando más adelante la utilización de los impuestos provenientes de los salarios, y disminuyendo además el papel del Estado en la redistribución del ingreso.<sup>95</sup>

### *Los países menos desarrollados*

Los recientes acontecimientos ocurridos entre la izquierda en los países menos desarrollados se asemejan a los de Europa, tanto oriental como occidental; por ejemplo, la transición del estatismo hacia la aceptación de la economía de mercado y, verbalmente al menos, el pluralismo partidista. Latinoamérica es particularmente notable. Linda Robinson señala que hubo

un giro asombroso en las actitudes latinoamericanas. La generación que se encuentra actualmente en el poder se formó con la literatura de la 'teoría de la dependencia', que exponía los peligros de confiar en los capitales externos. Sin embargo, a medida que los países más grandes privatizan e impulsan la inversión extranjera bajo un liderazgo populista estos textos están acumulando polvo. . .<sup>96</sup>

Los socialistas españoles y los acontecimientos ocurridos en Europa del Este parecen haber tenido un efecto en la izquierda de Latinoamérica. Hace dos años me encontraba en Argentina, donde los dirigentes peronistas me decían que González, en un recorrido por el continente, había dicho a los dirigentes de los partidos de izquierda que la importancia que históricamente daban a las políticas estatistas y redistribucionistas era un error, que debía ser abandonada. Sostenía que todo lo que toca el Estado se convierte en cenizas. Y en vista de los desastres económicos, incluyendo la hiperinflación y las bajas tasas de crecimiento, combinadas con las políticas redistribucionistas populistas, los partidos de centro-izquierda desde Argentina hasta México han seguido su consejo, creando mercados más libres, impulsando la inversión extranjera, privatizando la industria estatal y reduciendo el tamaño del sector público en general.<sup>97</sup>

<sup>95</sup> Regis Debray, "What's Left of the Left?", en *New Perspectives Quarterly*, primavera de 1990, p. 27.

<sup>96</sup> Robinson, "Latin America's Colossal Sale", p. 2.

<sup>97</sup> Annetta Miller, "Perestroika Goes South", en *Newsweek*, 6 de noviembre de 1989, p. 53; Linda Robinson, "Latin America's Colossal Sale, Big Three Look to Privatization Prosperity", *San Francisco Chronicle*, "Briefing", 20 de junio de 1990, pp. 1, 4.

El presidente peronista de Argentina, Carlos Menem, parece haber tomado muy a pecho las recomendaciones de González: en una defensa abierta del “capitalismo moderno”, está vendiendo empresas de propiedad pública, siguiendo una política restrictiva y simplificando el sistema fiscal.<sup>98</sup> Flora Lewis señala que Menem está “privatizando aceleradamente” y espera “privatizar todo menos las tareas más básicas del gobierno”.<sup>99</sup> La tarifa del impuesto a los ingresos más altos se redujo de 45 a 36%, mientras que la máxima contribución corporativa se recortó de 33 a 20%. La inversión extranjera y las leyes de restricción de las importaciones han sido enormemente liberalizadas. Un importante científico social argentino señala que “Menem es considerado como un nuevo Felipe González quien... administra la economía de manera aceptable para los capitalistas”.<sup>100</sup>

En otros lugares de la región tienen lugar procesos similares. En Brasil, la izquierda generalmente siguió la corriente de la privatización durante las elecciones presidenciales de 1989. En una discusión entre los asesores económicos de los diferentes candidatos, los “de los dos partidos más a la izquierda sorprendieron a todos con sus puntos de vista”.<sup>101</sup> Cesar Maia, economista y diputado del populista Partido Democrático de los Trabajadores (PDT) y asesor del candidato presidencial Leonel Brizola, comentó que “la izquierda debe estar consciente de que el origen de la sociedad moderna es la reducción del Estado a su mínima expresión”.<sup>102</sup> Vladimir Palmeiry, diputado del Partido de los Trabajadores (PT), cuyo candidato Luis Ignacio da Silva (“Lula”), se postuló como candidato de la izquierda expresó sentimientos similares. “*The Economist* señaló que el partido renunció a exigir por la socialización de los medios de producción, e incluso aún no decide si debe conservar las empresas con pérdidas en las que los sindicatos basan prácticamente toda su fuerza”.<sup>103</sup> Más significativas, quizá, son las declaraciones de importantes izquierdistas chilenos, en el sentido de que el gobierno posterior a Pinochet, aunque ha modificado considerablemente el sistema político, básicamente continúa con las políticas aparentemente exitosas de libre mercado y alto crecimiento de su autoritario predecesor.<sup>104</sup> Los socialistas aprobaron la liberación del Banco Central de Chile

<sup>98</sup> Gary Mead, “Tough Match for Argentina”, en *Financial Times*, 12 de julio de 1990, p. 11.

<sup>99</sup> Flora Lewis, “Menem Confounds”, en *The New York Times*, 19 de mayo de 1990, p. 23; Thomas Kamm, “Argentina Kicks off Privatization Drive”, en *The Wall Street Journal*, 26 de junio de 1990, p. A12.

<sup>100</sup> Torcuato S. Di Tella, “Menem’s Argentina”, en *Government and Opposition*, invierno de 1990, pp. 85-97.

<sup>101</sup> Alexandre Burke Makler, “External Debt and Market Liberalization in Brazil: A New Look at Dependent Development and the Patrimonialist State”, tesis de doctorado, Political Economy of Industrial Societies Group Major Program, Universidad de California, Berkeley, mayo de 1990, p. 11.

<sup>102</sup> Citado en *Ibid.*

<sup>103</sup> “Brazil Middlemen”, *The Economist*, 25 de noviembre de 1989, p. 88.

<sup>104</sup> Shirley Christian, “How Chile is Devising a Democracy”, en *The New York Times*, 17 de diciembre de 1989, noticias de la semana, p. E2.

del control gubernamental.<sup>105</sup> Alejandro Foxley, dirigente de la izquierda democrata-cristiana, anunció antes de las elecciones: “mantendremos las formas básicas de la economía abierta: tarifas uniformes bajas, la actual política de tipo de cambio [libre] y reglas relativamente liberales para la inversión extranjera”.<sup>106</sup> Jorge Arrate, secretario general del Partido Socialista, hace notar la existencia de “un movimiento universal para reafirmar el contenido de la democracia liberal [anties-tatista]”. Ricardo Lagos, importante figura socialista de Chile, señala que el partido tiene que ser humilde en sus creencias, aceptando cambiarlas, frente a un “mundo cambiante”. Destaca particularmente el efecto de los acontecimientos de Europa del Este: “Considérese el efecto en la ideología socialista de un Lech Walesa: un líder sindical que cuestiona al mundo socialista”.<sup>107</sup>

En México, el presidente Carlos Salinas de Gortari del Partido Revolucionario Institucional (PRI), un partido populista, ha combatido la tradición del gran gobierno paternalista emanado de la Revolución de 1910, sostenido por su partido durante varias décadas. En un discurso pronunciado a fines de octubre de 1989, dijo: “La realidad es que en México, un Estado más grande ha dado como resultado una menor capacidad para responder a las demandas sociales de nuestros ciudadanos. El Estado se avocó más a la administración de sus propiedades que a enfrentar las grandes necesidades sociales”,<sup>108</sup> y ha puesto a la venta al “sistema bancario nacionalizado. . . las líneas aéreas, la minería, la siderurgia y la compañía telefónica; permitió el crecimiento de las importaciones para presionar a los productores mexicanos a ser más eficientes, y liberalizó las regulaciones a la inversión extranjera; revisó el sistema fiscal y redujo el déficit. . .” Las tarifas del impuesto sobre la renta, personal y corporativo de mayores ingresos, así como los impuestos de importación fueron reducidos sustancialmente. El primero de mayo de 1990, Salinas dijo a los trabajadores del país y a los sindicatos que sus tareas eran “aumentar la productividad, bajar los costos y ayudar a ganar mercados”. Sus ministros han “recibido invitaciones de los nuevos dirigentes de Europa del Este para asesorar en el desmantelamiento de la economía dominada por el Estado. . .” No sorprende que su punto de vista, al igual que el de González, se identifique popularmente con el thatcherismo.<sup>109</sup> Según el analista político mexicano Lo-

<sup>105</sup> Shirley Christian, “Chile is Getting Independent Central Bank”, en *The New York Times*, 11 de diciembre de 1989, p. C1.

<sup>106</sup> Thomas Kamon, “Chileans Set to Vote Today in the Shadow of Pinochet”, *The Wall Street Journal*, 14 de diciembre de 1989, p. A12.

<sup>107</sup> Shirley Christian, “Chile Will Vote Freely This Week, Thanks in Part to Allende's Followers”, en *The New York Times*, 11 de diciembre de 1989, p. A3.

<sup>108</sup> Marjorie Miller, “Salinas, Amid Jaers, Defends His Economic Program”, en *Los Angeles Times*, 2 de noviembre de 1989, p. A8.

<sup>109</sup> Larry Rother, “Stop the World, Mexico is Getting On”, en *The New York Times*, 3 de junio de 1990, “Business”, p. 1F. Todo el mundo dijo que México está privatizando 770 compañías. Gary Héctor, “Why Mexico is Looking Better”, en *Fortune*, 15 de enero de 1990, pp. 136-137.

renzo Meyer, quienes ocupan una posición a la izquierda del PRI, al enfrentarse con el descrédito internacional del socialismo han “intentado redefinirse a imagen de, digamos, un Felipe González —cierto tipo de socialista—, en contra del elitismo corporativo, pero en favor de la apertura de mercados”.<sup>110</sup> La izquierda moderada o los partidos populistas en países tan dispares como Bolivia, Costa Rica, Uruguay y Venezuela, siguieron políticas similares.

Las historias se asemejan en los Estados democráticos más importantes del Caribe: Jamaica y la República Dominicana. En Jamaica, el primer ministro socialista Michael Manley, un gran admirador de Fidel Castro antes de su derrota electoral en 1980, regresó al poder en 1989 “como defensor de los mercados libres, la privatización, la integración económica global y la competencia”. Howard French señala que Manley ha sustituido muchos de los “programas sociales de los izquierdistas y de las promesas del pasado con un llamado al trabajo duro” y el “conservadurismo fiscal”.<sup>111</sup> En República Dominicana, el presidente anterior Juan Bosch, “quien estuvo alejado del poder durante años gracias a la intervención de Estados Unidos a causa de sus inclinaciones socialistas, este año [1990] se pasó toda su campaña. . . exaltando al capitalismo”. Como señala French, la “brecha ideológica” entre los dos izquierdistas del Caribe y “sus rivales conservadores se ha vuelto prácticamente imperceptible”.<sup>112</sup>

Incluso los partidos de extrema izquierda reunidos en julio de 1990 en un Encuentro de Partidos y Organizaciones de Izquierda Latinoamericanos y del Caribe, en el cual participaron trotskistas, comunistas y diversos frentes de liberación, se han inclinado ligeramente a la derecha. La mayoría de “los participantes estuvo a favor de un pluralismo político completo”, y mientras que “unos cuantos seguían siendo firmes creyentes del control del Estado, . . . la mayoría prefería un modelo más descentralizado”.<sup>113</sup>

Lo que ocurre en África es similar. Uno de los jefes de Estado socialistas más estables del continente, Kenneth Kuanda de Zambia, reconoce ahora que su gobierno que data de hace 25 años cometió “un error gigantesco” cuando intentó construir un Estado de bienestar mediante el control de los precios, el comercio y la inversión extranjeros en un país pobre. Como lo señala: “subsidiábamos el consumo en lugar de la producción”.<sup>114</sup> En la vecina Zimbabwe, Robert Mugabe, largamente comprometido con el marxismo y el socialismo, “prometió liberalizar el comercio. . . como parte de un programa gradual para reducir los

<sup>110</sup> Citado en David Asman, “Is Mexico’s New Market Economy Here to Stay?”, en *The Wall Street Journal*, 1º de junio de 1990, p. A10.

<sup>111</sup> Howard W. French, “Jamaican Leader to Meet Bush Today”, en *The New York Times*, 3 de mayo de 1990, p. A8; “In the Caribbean, It’s Still the Age of Patriarchs”, en *The New York Times*, “News of the Week”, 27 de mayo de 1990, p. 2E.

<sup>112</sup> *Loc. cit.*

<sup>113</sup> Sam Seibert y Michael Kepp, “The Left Tries to Get It Right”, *Newsweek*, 16 de julio de 1990, p. 39

<sup>114</sup> Angus Deming, “Kuanda’s Fall From Grace”, en *Newsweek*, 16 de julio de 1990, p. 37.

controles del Estado sobre la economía".<sup>115</sup> El alguna vez socialista Togo se vanaglorió de sus "programas estructurales de ajuste". El presidente Gnassingbe Eyadema recortó drásticamente el presupuesto estatal y liquidó o privatizó muchas empresas. La compañía siderúrgica creada por el Estado ha funcionado muy bien desde que un empresario estadounidense se hizo cargo de ella en 1985.<sup>116</sup> En Benin, el presidente Mathieu Kerekou está "liberalizando una economía fuertemente controlada por el Estado", y renunció al marxismo-leninismo.<sup>117</sup> Gabon, bajo Omar Bongo, ha seguido un curso similar a medida que éste ha perdido el poder real. Julius Nyerere, dirigente del Partido Marxista Revolucionario en el poder en la empobrecida Tanzania, proclama que su país podría aprender "una o dos lecciones" económicas de Europa del Este, y el gobierno está actualmente comprometido con el mercado libre y los sistemas multipartidarios.<sup>118</sup> Egipto, al norte del Sahara, el cual se inclinó pronunciadamente hacia un sistema estatista con Gamal Abdul Nasser a principios de los años cincuenta, a través de una considerable propiedad estatal y la regulación de la economía con Anwar Sadat, adoptó gradual y parcialmente un sistema de mercado, en los años setenta, y más a fondo con Hosni Mubarak en los años ochenta. Hacia el Este, el régimen socialista unipartidista de Argelia, en el poder durante décadas, se ha inclinado hacia la privatización, hacia una economía de mercado más libre y un pluralismo político. Y en India, la democracia más grande de Asia y del mundo, el partido socialdemócrata del Congreso abandonó sus compromisos con una economía estatal antes de perder el poder en 1989. No se ha opuesto a los esfuerzos de su sucesor (una coalición que incluye a los socialistas), de "impulsar activamente la inversión extranjera, permitiendo a las empresas obtener el 51% de las acciones en industrias prioritarias", ni a "importantes reducciones de los aranceles a las materias primas, los bienes de capital y refacciones. . ."<sup>119</sup>

Fuera de China, Cuba y Corea del Norte, los regímenes del tercer mundo comunista se han inclinado hacia la misma dirección. Al enfrentar una reconocida crisis profunda en los ánimos nacionales, que incluye "un amplia desilusión en el anterior del ejército vietnamita", la opinión comunista ve con recelo a

<sup>115</sup> "Zimbabwean Business Confidence Increases", en *Financial Times*, 23 de mayo de 1990, p. 6; Julian Berger, "Zimbabwe Belatedly Loosens Government Economic Control", en *Financial Times*, 6 de julio de 1990, p. 6.

<sup>116</sup> "Togo's Takeway Economy", en *The Economist*, 16 de junio de 1989, p. 48.

<sup>117</sup> "Benin's Second Chance", en *International Herald Tribune*, 6 de julio de 1990, p. 6.

<sup>118</sup> Michaels, "Continental Shift", p. 35; Roger Thurow, "Decades After Nationalization Drive, Tanzanian Business Clan's Hopes Revive", en *The Wall Street Journal*, 23 de julio de 1990, p. A4.

<sup>119</sup> David Houaego, "Delhi Considering Radical Easing of Investment Curbs", en *Financial Times*, 29 de junio de 1990, p. 6; Sanjoy Hazarika, "As India Opens Its Economy, Some Cling to Socialist Ideals", en *The New York Times*, 4 de agosto de 1990, p. Y3.

“algunos de los estadounidenses más conocidos, quienes a menudo, arriesgando sus vidas, se destacaron por sus actividades antibélicas”.<sup>120</sup> Desde 1986, cuando la constitución vietnamita “fue enmendada para garantizar el derecho a la propiedad privada”, el sector público fue sustancialmente desmantelado y sustituido por un floreciente sector privado. El gobierno “utilizó el talento de importantes abogados estadounidenses para diseñar y aprobar una de las leyes de inversión extranjera más liberales de Asia”.<sup>121</sup> Un asesor económico del gobierno, al discutir las políticas comerciales, se vanagloriaba de que “Europa del Este está tratando de hacer lo que nosotros ya logramos”.<sup>122</sup> El *Doi moi* es el equivalente vietnamita de la *perestroika*.<sup>123</sup> Constituye “el cambio más radical” hacia una cabal economía de mercado en el mundo comunista, “que afecta a la industria y a la agricultura”.<sup>124</sup> Según *The Wall Street Journal*, las condiciones económicas en Ciudad Ho Chi Minh (Saigón), se han revertido a lo que eran cuando los comunistas tomaron el poder. El diario cita a un importante economista, Le Dang Doanh, quien afirma que “Vietnam no sufre tanto de la enfermedad del capitalismo como de la falta de éste”.<sup>125</sup> Al notar los efectos del control de los alquileres de vivienda en su ciudad capital, el ministro del Exterior de Vietnam, Nguyen Co Thach, señaló: “Los americanos no pudieron destruir Hanoi, pero nosotros sí lo logramos debido a las rentas tan bajas. Nos dimos cuenta de que esto era estúpido y de que debemos cambiar de política”.<sup>126</sup> En Kampuchea, el gobierno comunista pro vietnamita impulsa actualmente “a la empresa privada y la apertura de mercados. . . aduciendo que son más eficientes que la industria estatal”.<sup>127</sup> Este gobierno “se apartó de buena parte de la ideología comunista. . . [e] introdujo un sistema fundamentalmente de

<sup>120</sup> George C. Wilson, “Vietnam Appears to Fear a Democracy Movement in Prospect”, en *The Washington Post*, 19 de julio de 1990, p. A28.

<sup>121</sup> Leonard I. Weinglass, “Asia’s Latest Economic Miracle is Vietnam”, en *The New York Times*, 20 de enero de 1990, p. A18.

<sup>122</sup> Barry Wain, “Hanoi Embraces Once-Reviled Capitalism”, en *The Wall Street Journal*, 1º de mayo de 1990, p. A16.

<sup>123</sup> Charles P. Wallace, “Vietnam Becoming Less Soviet, More Asian, More Prosperous”, en *San Francisco Chronicle*, 22 de febrero de 1990, p. A19.

<sup>124</sup> Emily MacFarguhar, “Hanoi’s Hasty Pudding. Beset by Hunger and Hyperinflation Vietnam Suddenly Discovers Capitalism Turning Ho Chi Minh’s Communism on Its Head”, en *U. S. News and World Report*, 23 de julio de 1990, p. 38.

<sup>125</sup> Barry Wain, “Vietnam’s Economic Reform Is Still a Delicate Planting”, en *The Wall Street Journal*, 24 de mayo de 1989, p. A10.

<sup>126</sup> Stuart Butler, “Razing the Liberal Plantation”, en *The National Review*, 10 de noviembre de 1989, p. 27. Un economista sueco, Assar Lindbeck, hizo recientemente un comentario similar respecto de su propio país. “Con excepción de las bombas, el control de la renta parece ser en muchos casos la forma más efectiva de destruir una ciudad.” Citado en Crovitz, “Sweden’s Crackup”, p. 10.

<sup>127</sup> Robert Pear, “Phnom Penh, Eye on West, Tries to Shed Image as Hanoi Puppet”, en *The New York Times*, 8 de enero de 1990, p. 6. Véase también Michael J. Horowitz, “Toward a New Cambodian Policy”, en *The American Spectator*, junio de 1990, pp. 24-26.

libre mercado".<sup>128</sup> Como señala *The Economist*, incluso el sanguinario Khmer Rojo ha estado "leyendo los diarios". Su vocero en las pláticas de paz entre las diferentes facciones nacionales, Khiev Samphan, afirma (¿pretende?) que ellos creen actualmente en una "economía liberal".<sup>129</sup> También Laos ha "regresado abiertamente a la economía capitalista. . . los agricultores laosianos una vez más cultivan tierras de su propiedad y el comercio en este país virtualmente no industrializado, ha regresado en buena medida a la propiedad privada".<sup>130</sup> Antes de su derrota electoral, el régimen sandinista en Nicaragua, expuesto a un fuerte deterioro económico y a la asesoría soviética, adoptó un programa "de orientación al mercado", descrito envidiosa y exageradamente por Fidel Castro como "la política más derechista en América Latina".<sup>131</sup>

Los dirigentes del Partido Democrático del Pueblo de Afganistán, incluido el presidente Najibullah, repudian el marxismo. Un alto vocero del partido, Farid Mazdak, explica su anterior política, la cual reconoce equivocada, como un reflejo de las presiones del "tiempo en que el marxismo-leninismo estaba muy de moda en los países subdesarrollados".<sup>132</sup> Los gobernantes de Yemen del Sur, antes de unirse con el prooccidental Yemen del Norte, "derribaron las estatuas de Marx y Lenin y las referencias al partido empotradas en las fachadas de los edificios".<sup>133</sup> También en Etiopía, un régimen comunista poco popular está cambiando drásticamente sus políticas económicas e ideología. El presidente Mengisto Haile Mariam "anunció en marzo (1990) que su gobierno abandonaba el marxismo-leninismo".<sup>134</sup> Está pasando hacia un sistema de libre mercado, en el cual no habrá límite a la inversión de capital en el sector privado, con un alto grado de privatización de la industria, de la construcción y de la agricultura.<sup>135</sup>

<sup>128</sup> Steven Erlanger, "Reports From Phnom Penh Indicate New Instability", en *The New York Times*, 24 de junio de 1990, p. Y9; Sidney Jones, "War and Human Rights in Cambodia", en *The New York Review of Books*, 19 de julio de 1990, p. 18.

<sup>129</sup> "Cambodia No Will, No Way", en *The Economist*, 3 de marzo de 1990, p. 30.

<sup>130</sup> Henry Kamm, "Comunist Laos Strict Political Dogma With Capitalist Economics", en *The New York Times*, 27 de enero de 1990, p. 4Y; Jimmy St. Goar, "A Whiff of Economic Freedom in Laos", en *The Wall Street Journal*, 21 de marzo de 1990, p. A20.

<sup>131</sup> Mark A. Uhlig, "Cuba Loses Allure for Nicaraguans", en *The New York Times*, 18 de enero de 1990, pp. 1, 11.

<sup>132</sup> John F. Burns, "Leaders in Kabul Seek a New Image", en *The New York Times*, 5 de mayo de 1990, p. 6.

<sup>133</sup> "Asides", en *The Wall Street Journal*, 22 de mayo de 1990, p. A14.

<sup>134</sup> Jane Perlez, "Ethiopia's Long War Draws Closer to the Capital", en *The New York Times*, 21 de julio de 1990, p. 5.

<sup>135</sup> Associated Press, "Ethiopia Rulers Discard Communism", en *The Gazette*, 6 de marzo de 1990, Montreal, p. A10.

## FUENTES DE POLÍTICA SOCIALISTA

¿Por qué los partidos socialistas de todo el mundo han seguido una línea de moderación; por qué han emprendido el regreso al capitalismo? Obviamente no existe una respuesta simple o autorizada. Pueden sugerirse brevemente dos series de factores, particularmente adecuadas a las necesidades económicas y electorales. El cambio resultó más pronunciado en particular a partir de la mitad de los años setenta, al final de un largo período de crecimiento firme, de empleo abundante y baja inflación. La crisis petrolera precipitó grandes aumentos en los precios y una recesión en todo el mundo desarrollado y socavó la creencia en las políticas keynesianas, la planeación económica y los impuestos más altos para financiar una continua expansión del Estado de bienestar.<sup>136</sup> Paradójicamente, el supuesto económico clásico de que las ganancias son necesarias para la inversión y el crecimiento económico, ayudó a que los partidos y sindicatos alguna vez radicales aceptaran límites en los salarios. Como destaca el estudioso de la socialdemocracia Adam Przeworski, los socialdemócratas buscan ahora conscientemente “proteger las ganancias de las demandas de las masas porque las políticas redistributivas radicales no benefician a los asalariados”.<sup>137</sup> El teórico socialista estadounidense Michael Harrington, también concluye que “el ejemplo francés sugiere que la izquierda debería evitar la redistribución del ingreso por medio del sistema salarial. Esto, como aprendieron muy a su pesar Miterrand y compañía, actúa como una falta de incentivo para los asalariados y, al mantenerse el *statu quo*, conduce a un incremento del desempleo”.<sup>138</sup> Como se señaló, la experiencia de la postguerra convenció a los socialistas de que la empresa estatal es ineficiente y que la competencia estimula la creatividad. También reconocen actualmente que la ampliación de los ya extensos programas de bienestar son demasiado costosos, que resultan en déficit económicos e inflación y que los impuestos elevados retardan el crecimiento económico.

La racionalidad económica no es la única causa de los cambios políticos. Evidentemente las cuestiones electorales son también relevantes.<sup>139</sup> Las tendencias estructurales en todo el mundo, particularmente en las sociedades industrializadas, han perjudicado a la izquierda tradicional. La proporción de la fuerza laboral que desempeña trabajos manuales y fabriles ha disminuido pronunciadamente, mientras que ha aumentado el empleo en posiciones que requieren de una mejor

<sup>137</sup> Przeworski, *Capitalism and Social Democracy*, p. 43.

<sup>138</sup> Harrington, *The Next Left*, p. 151. Subrayado en el original. Otro sistemático estudio comparativo del movimiento, Anton Pelinka, notó también que “la influencia de los partidos socialdemócratas en el Estado. . . y en la sociedad. . . atenúa los conflictos sociales, mitigando la contradicción entre el trabajo y el capital”, aumentando “la probabilidad de una posición cooperativa de parte de los sindicatos”. Anton Pelinka, *Social Democratic Parties in Europe*, Praeger, Nueva York, 1983, p. 103.

<sup>139</sup> Para un excelente estudio de las formas en que el partido socialdemócrata más fuerte adaptó sus programas a las necesidades electorales, véase Diane Sainsbury, *Swedish Social Democratic Ideology and Electoral Politics 1944-1948*, Almquist and Wiksell, Estocolmo, 1980.

educación y capacitación científica, tecnológica y de redacción.<sup>140</sup> Las últimas categorías contribuyen a sostener las causas reformistas, pero en gran medida las no-económicas o postmaterialistas: el medio ambiente, el aborto, la igualdad para los grupos organizados con base en el derecho a la vida, las mujeres, las minorías raciales, etcétera, así como la tolerancia y los estilos de vida “liberados”, mientras que como personas relativamente adineradas, resienten la elevación de los impuestos y la interferencia del Estado en la economía.<sup>141</sup>

El análisis de los valores cambiantes de los electorados masivos a partir de los datos del Estudio de Valores Europeos, sustenta estas suposiciones. El estudio indica que “el cambio de opinión en los años setenta y ochenta se ha dado decisivamente hacia la libre competencia y una reevaluación positiva del estatus económico individual [logros]. Por el contrario, las opiniones en favor de la redistribución de los recursos, de la igualdad social y la intervención del Estado, se debilitaron”. Sin embargo, mientras que los valores materialistas “de izquierda” declinaban, “ocurría lo contrario respecto de la dimensión ‘cultural’ que comprende cambios en la moralidad, la religiosidad, la familia, los valores de socialización [y] las relaciones familiares. . .”<sup>142</sup> El apoyo a las creencias tradicionales de la economía y el bienestar de izquierda aún se relaciona con la clase económica, aunque esta relación declinó en los grupos de todas las edades, mientras que el compromiso cada vez mayor con valores sociales postmaterialistas es más fuerte entre los más jóvenes y los de mayor nivel educativo.<sup>143</sup> Por tanto, los partidos de izquierda deben buscar ideas para atraer el interés de los sectores más jóvenes de clase media, que compensen la reducción de su base obrera.

Los cambios no significan que dichos partidos hayan perdido apoyo popular o estén siendo sustituidos por otros partidos. En el plano electoral, como lo señalan Dennis Kavanaugh y Wolfgang Merkel, respecto de los votos en favor de los partidos socialdemócratas en Europa entre 1945 y 1989, su proporción general no ha disminuido: se ha mantenido extraordinariamente estable.<sup>144</sup>

<sup>140</sup> Adam Prezeworski y John Sorague, *Paper Stones: A History of Electoral Socialism*, University of Chicago Press, Chicago, 1986, pp. 31-45; Eric Hobsbawm, *Politics for a Rational Left*, Verso, Londres, 1989, pp. 10-22.

<sup>141</sup> Ronald Inglehart, *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton University Press, Princeton, 1990, pp. 258-264, 318-321.

<sup>142</sup> R. Lesthaegh y G. Moors, “Rationality, Cohorts and Reproduction”, ponencia del Programa Interuniversitario en Demografía, 1990-1991, Centrum Sociologie, Vrije Universitet, Bruselas, 1990, pp. 119-142.

<sup>143</sup> Inglehart *Culture Shift*, pp. 77-92.

<sup>144</sup> Dennis Kavanaugh, “Introduction to European Politics and Policies”, en Gerald A. Dorfman y Peter J. Duignan (eds.), *Politics in Western Europe*, Hoover Institution Press, Stanford, CA, 1988, pp. 12-13; Wolfgang Merkel, “After the Golden Age: Is Social Democracy Doomed to Decline?”, ponencia presentada en la conferencia “La crisis del socialismo en Europa oriental y occidental”, University of North Carolina en Chapel Hill, abril 6-8, 1990.

Al observar este modelo común, no sugiero que no existan diferencias nacionales en el apoyo a estos partidos o que todos sigan las mismas políticas. Algunos, particularmente los del sur de Europa —Francia, Grecia, Italia y España—, han ganado votos desde mediados de los años setenta. Otros, particularmente en Bélgica, Alemania, Irlanda y los países escandinavos, han decaído. Un buen número ha sido capaz de formar gobiernos de mayoría y lo seguirá haciendo: es el caso de Francia, Grecia, Austria, Noruega, Suecia y España en Europa, y Australia, Gran Bretaña, Jamaica y Nueva Zelanda en el Commonwealth. Los otros partidos, desde Irlanda a Canadá, los de Italia, Portugal, los Países Bajos, Alemania, Dinamarca, Islandia, Finlandia, Suiza, Chile y Japón, funcionan con sistemas multipartidarios, que no tienen perspectivas de formar un gobierno nacional, excepto en coalición con partidos no socialistas. Los factores que distinguen su nivel de popularidad son demasiado diversos para discutirlos aquí con detalle. Éstos varían desde la naturaleza de sus estructuras históricas de clase, hasta el número e intensidad de otras divisiones sociales políticamente interrelacionadas, por ejemplo, las diferencias de religión, lingüísticas y culturales, y no menos el impacto de los diversos sistemas electorales.

Su política también varía. Suecia aventaja con mucho a los demás en el alcance de sus programas de bienestar; Australia está en el nivel más bajo entre los países gobernados por socialdemócratas. Austria tiene el mayor sector de empresas de propiedad pública; existe mucho menos propiedad estatal en Alemania, y muy poca en Suecia. Lo que habría que destacar es que a pesar de lo comprometidos que hayan estado los diferentes partidos socialistas democráticos con la intervención en la economía y los programas de redistribución fiscal y de bienestar, durante los años ochenta todos se han inclinado hacia el liberalismo clásico y hacia más políticas económicas competitivas de libre mercado, destacando las ganancias de la productividad más que las transferencias de ingresos.

El veterano austriaco marxista Josef Hindels resumió el proceso en forma visionaria en 1974, cuando predijo el surgimiento de “ ‘la socialdemocracia sin socialismo’ . Con ello se entendía un partido limitado a ‘modernizar’ al sistema capitalista”, que “abandonaba la visión imaginativa del socialismo y de una sociedad nueva”.<sup>145</sup>

#### SE REVIERTE LA “EXCEPCIONALIDAD ESTADUNIDENSE”

El distanciamiento de la izquierda estadounidense del modelo adoptado en otras partes, su abstención respecto del viraje hacia la derecha, son irónicos en el contexto de la vieja y persistente pregunta de por qué Estados Unidos ha sido la

<sup>145</sup> Resumido en Melanie A. Sully, *Continuity and Change in Austrian Socialism: The Eternal Quest for a Third Way*, Columbia University Press, Nueva York, 1982, p. 211.

única sociedad industrializada sin un partido socialista o laborista viable; por qué ha sido políticamente “excepcional”.<sup>146</sup> Pero, como hemos visto, en todo el mundo los partidos laboristas, socialistas y socialdemócratas (así como muchos comunistas) han renunciado a su marxismo, han abandonado la importancia dada a su naturaleza de movimientos de la clase obrera y han pasado a una posición cada vez más populista reformista, más cercana al modelo estadounidense tradicional.

Sin embargo, quien proporciona el modelo, el Partido Demócrata, ha virado hacia la dirección opuesta. Aunque es obvio que el partido no está a punto de volverse socialista y Estados Unidos, bajo la dirigencia republicana, está mucho menos comprometido con el Estado de bienestar tanto en el plano político como de la opinión pública que otros Estados económicamente desarrollados, los demócratas han estado más dispuestos a identificarse con las orientaciones redistribucionistas, de impuesto progresivo y antiempresariales que muchos (aparentemente la mayoría) de los partidos socialdemócratas.<sup>147</sup> Por otra parte, las doctrinas proteccionistas impulsadas por los sindicatos han avanzado en el partido dominante en el Congreso. En la calidad cultural de vida, la “tolerancia” y los frentes relacionados con la política exterior, el partido sigue identificado con estilos y políticas surgidos en los años sesenta y que evidentemente alejaron a muchos demócratas tradicionales, en particular a los menos educados y a los más religiosos, mientras que la mayoría del partido en el Congreso aboga actualmente por impuestos más altos y progresivos.

Aunque las doctrinas económicas descritas como neoliberalismo, cuyo interés se centra en las fuerzas del mercado han recibido el apoyo abierto de algunos políticos demócratas, incluyendo el del Congreso durante los últimos años de Carter y los primeros de Reagan, a través de medidas para la reducción de las regulaciones económicas y los impuestos, la historia del partido sugiere, como se señaló anteriormente que, a diferencia de la situación existente entre los socialdemócratas, en los últimos años se ha inclinado hacia la izquierda.

Esta tendencia ha sido documentada estadísticamente por los Americans for Democratic Action (ADA), quienes han llevado el registro del comportamiento ideológico de los miembros del Congreso. Los datos de la ADA indican un fuerte aumento del voto liberal entre los demócratas a partir de los años setenta. El fin de los años ochenta fue el período más liberal desde que la ADA comenzó a llevar los registros en 1963. Los estados del sur contribuyeron particularmente a estos cambios.

<sup>146</sup> Para una revisión detallada de la literatura en la materia, véase Seymour Martin Lipset, “Why No Socialism in the United States?”, en Seweryn Bialer y Sophia Sluzar (eds.), *Sources of Contemporary Radicalism I*, Westview Press, Boulder, CO, 1977, pp. 31-149, 346-363.

<sup>147</sup> Tom Kenworthy, “Gephardt’s New Campaign: Rallying His Party”, en *The Washington Post National Weekly Edition*, 7-13 de mayo de 1990, p. 14.

**CUADRO 1**  
**VOTACIÓN DEMÓCRATA EN EL CONGRESO**  
 Porcentaje promedio del voto liberal 1971-1989

<i>Congreso</i>	<i>Años</i>	<i>Cámara</i>	<i>Senado</i>
92 y 93	1971-74	53.5	59
94 y 95	1975-78	54.5	56
96 y 97	1979-82	59	59
98 y 99	1983-86	69	70
100 y 101	1987-89	75	73

FUENTE: Estos datos fueron recopilados para mí de los archivos de la ADA por Hilary Weinstein del Progressive Policy Institute, trabajo que agradezco.

Al examinar los cambios ideológicos de los demócratas, me refiero a un amplio sector, tal vez al grueso de la dirigencia del partido en el gobierno nacional, la mayoría de los delegados de las convenciones nacionales y sus intelectuales más prominentes, no a los electores. Estos últimos, según indican las encuestas de opinión, son mucho más conservadores o tradicionales que la dirigencia del partido. Las comparaciones de muchas encuestas respecto de las respuestas dadas por los delegados a las convenciones de 1980, 1984 y 1988 en torno a diversos temas, con las de las bases del partido, señalaron grandes diferencias con el demócrata medio, como votante promedio, quien se inclina políticamente más hacia el centro que los delegados y los candidatos nacionales.

A diferencia de la mayoría de los socialdemócratas europeos, los demócratas siguen presionando por la redistribución del ingreso. Como lo describe Henry Aaron, la Ley de la Reforma Fiscal aprobada por el Congreso demócrata llevó a una caída en la carga fiscal de todos los ingresos menores de 50 000 dólares, mayor para los que se encuentran por debajo de 20 000 dólares y todavía mayor para quienes perciben menos de 10 000 dólares, mientras que aumentó la cuota de participación en el pago de impuestos para quienes tienen ingresos más altos: el aumento fue considerable para la clase cuyo ingreso es de 100 000 dólares a 200 000 dólares y mayor para quienes perciben 200 000 dólares o más.<sup>148</sup> Hallazgos similares registró en 1990 un estudio: "La progresión del impuesto y la distribución del ingreso", realizado por el personal demócrata del Comité de Medios y Arbitrios de la Cámara de Representantes. Entre 1985 y 1990, la proporción de impuestos federales sobre la renta y de los impuestos federales en general que se pagó, aumentó más en la capa de población con ingresos más altos, que para quienes se encuentran por debajo de ésta, aumentando constan-

<sup>148</sup> Henry Aaron, "The Impossible Dream Comes True: The New Tax Reform Act", en *The Brookings Review*, invierno de 1987, p. 6.

temente para el 10% más alto, para el 5% más alto y el mayor aumento para el 1% superior.<sup>149</sup> Estos cambios resultaron de la eliminación de los subsidios tributarios y las tasas preferenciales a las ganancias de capital.

Con excepción de Jimmy Carter durante su primera campaña, los candidatos demócratas desde George McGovern en 1972 hasta Michael Dukakis en 1988, han estado vinculados en la opinión pública con la defensa de un Estado fuerte en las áreas de política interna y el bienestar, una política exterior y de defensa convencionales, y tolerancia social frente a las drogas, el crimen, los valores familiares y el comportamiento sexual. Muchos trabajadores tradicionales y demócratas de grupos étnicos, aunque todavía apoyan un poco programas como el New Deal, rechazan las políticas sociales y del exterior relacionadas con la izquierda del partido.

Sin embargo, el rechazo a estas políticas no equivale a oponerse al Partido Demócrata. Puesto que el electorado estadounidense sigue poniendo el interés personal por encima de la ideología, la mayoría también apoya los programas diseñados para salvaguardar a la gente como ellos, proporcionándole atención médica, subsidios escolares, protección a los ancianos y garantías de empleo. Para asegurar estos objetivos, votan por los demócratas en el Congreso.

El Congreso es el sitio donde se discuten las diferencias. Sus miembros realizan los servicios, actúan como protectores del interés público y representan intereses; atraen a los electores de una manera particular más que general. Y los demócratas, gracias a sus vínculos con grupos masivos y organizaciones que defienden el interés popular, están en mejor posición de cumplir estas funciones. Siguiendo la máxima del anterior vocero de la Cámara, Tip O'Neill, de que en Estados Unidos "toda la política es local", los candidatos demócratas han logrado presentarse como abogados de cualquier interés dominante en su área.

#### ¿POR QUÉ ES EXCEPCIONAL ESTADOS UNIDOS?

Para entender por qué la historia reciente de las ideologías partidarias, de los cambios y posiciones programáticos es tan diferente en la izquierda de Estados Unidos y en la mayor parte de las democracias industrializadas, es necesario tomar en cuenta la fuente del excepcionalismo político estadounidense inicial: la ausencia de un movimiento socialista significativo. Como señalé en anteriores publicaciones, las pruebas y los argumentos que presenta un gran número de estudiosos sugiere que la política de tipo socialista, tal como se desarrolló en Europa, fue menos un resultado de las relaciones sociales capitalistas que de una sociedad preindustrial y feudal, la cual estructuraba explícitamente la jerarquía social de acuerdo con clases sociales fijas, casi hereditarias. De ahí que la clase trabajadora emergente reaccio-

<sup>149</sup> Committee on Way and Means, U.S. House of Representatives, *Tax Progressivity and Income Distribution*. Preparado para el uso del Committee on Ways and Means por su personal mayoritario, Government Printing Office, Washington, 1990, pp. 15-16.

nara ante el mundo político en términos de clase. En Estados Unidos ocurrió lo contrario: la sociedad burguesa más pura ha considerado a la clase como una consecuencia económica y si se compara con la situación en Europa las clases sociales han tenido una visibilidad limitada.<sup>150</sup> De ahí que la política de conciencia de clase haya sido limitada. Walter Dean Burnham ha resumido hábilmente esta tesis global:

Sin feudalismo, no hay socialismo: con estas palabras uno puede resumir las realidades socioculturales básicas que subyacen a la política electoral estadounidense en la era industrial.<sup>151</sup>

Debe señalarse, por supuesto, que Marx tenía razón al suponer que la posición laboral sería una determinante superior de la orientación política y la organización de clase en la sociedad industrial. En todas las naciones democráticas, incluido Estados Unidos, ha existido una correlación entre el estatus socioeconómico, las creencias políticas y el voto.<sup>152</sup> Los menos privilegiados han apoyado a los partidos que han estado a favor de una mayor igualdad y de la protección contra las presiones de una economía de libre empresa mediante la intervención del gobierno.

Como se señaló antes, este modelo ha cambiado considerablemente en las últimas décadas. El aumento en la proporción de la población incorporada a la educación superior y empleada luego en ocupaciones científico-técnicas, profesionales y de servicios, ha creado un estrato demasiado privilegiado, sensible a las causas de las reformas no-económicas: ambientalistas, feministas, los derechos de los homosexuales y otras minorías y la paz. Ésta favorece una moral más tolerante, particularmente en lo que se refiere a las cuestiones familiares y sexuales, lo cual ha producido nuevas bases de diferenciación política y ha hecho surgir una gran variedad de movimientos de protesta de "causa única". En comparación con otros grupos con acceso a la educación, quienes cuentan con estudios de postgrado tienen puntos de vista más liberales, más involucrados en los "movimientos" y más demócratas en su comportamiento electoral. Debido a que Estados Unidos tiene la mayor proporción de población con grado universitario que continúa hasta obtener un postgrado, en este país existe una base mayor para la nueva izquierda o la política neoliberal que en cualquier otra parte. La historia parecería apoyar esta hipótesis. Como lo señaló el politólogo francés Jean-François Revel en 1971,

uno de los rasgos más sorprendentes de la década pasada es que las únicas instancias de nueva inquietud revolucionaria en el mundo se han originado en Estados Unidos. . . . Estoy hablando del conjunto de nuevos fenómenos de oposición designados con el término "disidencia".<sup>153</sup>

<sup>150</sup> Véase Lipset, "Why No Socialism in the United States?", pp. 50-58, y Lipset, *Consensus and Conflict: Essays in Political Sociology*, Transaction Books, New Brunswick, NJ, 1985, pp. 221-225.

<sup>151</sup> Walter Dean Burnham, "The United States: The Politics of Heterogeneity", en Richard Rose (ed.), *Electoral Behavior*, Free Press, Nueva York, 1974, p. 718.

<sup>152</sup> Lipset, *Political Man*, p. 234.

<sup>153</sup> Jean-François Revel, *Without Marx or Jesus*, Doubleday, Garden City, NY, 1971, p. 6.

Alrededor de los años cincuenta surgió una intelectualidad crítica, basada en la nueva clase media, con la formación del movimiento de “reforma” dentro del Partido Demócrata, y constituyó el principio de lo que en adelante se llamó la Nueva Política. Los años sesenta fueron testigos del florecimiento de la Nueva Política manifestada como oposición a la guerra de Vietnam, las luchas por los derechos civiles, la liberación de la mujer y los homosexuales y los movimientos ambientalistas, así como el surgimiento de nuevos estilos de vida.

Como señaló Revel, el nuevo estilo norteamericano de activismo, los movimientos de causa única y la política cultural radical, crecieron durante los años sesenta llegando a otras partes del mundo desarrollado, que también iniciaban su etapa postindustrial. Las protestas en los campus universitarios tuvieron lugar en todos los países europeos y algunas tendencias izquierdistas considerablemente arraigadas en los grupos de la nueva clase media, desafiaron a la dirigencia moderada de base sindical de los partidos socialistas. Pero estos acontecimientos eran imitaciones del prototipo estadounidense o extensiones posteriores de éste. Los opositores europeos, quienes representan la única fuerza que ha sido capaz de despertar tanto a la izquierda como a la derecha, tanto en el Este como en el Oeste de su letargo académico, son discípulos de los movimientos norteamericanos.<sup>154</sup>

De modo que si la primera excepcionalidad de Estados Unidos se relaciona con las diferencias entre su estructura de clases y la orientación de sus valores, con su carácter burgués puro clásicamente liberal (antiestatista) y con los sistemas de clase más inalterables y estatistas al estilo Tory de la Europa postfeudal, la segunda se relaciona con la posición vanguardista de Estados Unidos en el desarrollo económico y en la educación superior.

#### ¿POR QUÉ SON DIFERENTES LOS DEMÓCRATAS?

En Estados Unidos, los grupos con educación superior se convirtieron en la columna vertebral de la izquierda del Partido Demócrata. Aunque la protesta estudiantil e intelectual contra la guerra de Vietnam en Estados Unidos y Europa fue el catalizador en el surgimiento de una nueva política, este antecedente no es la única razón de la negativa del Partido Demócrata a inclinarse significativamente a la derecha en los años setenta y ochenta, como lo hicieron los partidos de izquierda europeos. Existen también otras causas.

Desde mi punto de vista, existen cuatro elementos. El primero es la variable política, el papel diferente de los movimientos sociales de Estados Unidos en comparación con otras democracias estables, el cual surge de la variación en sus sistemas electorales. El segundo es el factor de organización, la diferencia en la estructura y el poder de la dirigencia en la división de poderes, la virtual ausencia de un sistema de disciplina de partido y la que existe, se presenta con un control

<sup>154</sup> Revel, *Without Marx or Jesus*, pp. 6-7.

más importante de la política partidaria y de la disciplina legislativa característica de los países parlamentarios. El tercero son los diferentes puntos de vista de la izquierda en los países cuyos partidos y sindicatos poseen antecedentes derivados del socialismo y del corporativismo, los de aquéllos que defienden a los liberales estadounidenses y los sindicalistas, quienes tanto en el plano político como en el económico, nunca percibieron la necesidad de una política económica nacional o de acuerdos corporativistas (de concesiones) entre el capital, el trabajo y el gobierno.<sup>155</sup> El cuarto son las diferentes respuestas a la crisis de la ideología marxista, socialista y comunista, de parte de la intelectualidad en los países que han tenido movimientos socialistas y/o comunistas poderosos, y la de un país como Estados Unidos, donde la enorme comunidad intelectual de izquierda nunca pudo tener una relación con un movimiento socialista o marxista, ya que en este país nunca existió.

Un rasgo que distingue a la política estadounidense ha sido la relativa facilidad con que han surgido los movimientos sociales, a diferencia de los partidos y su impacto tan significativo. Si comparamos el sistema político norteamericano con el de las naciones europeas en cuanto a la frecuencia e importancia de movimientos masivos, Estados Unidos está claramente a la cabeza.<sup>156</sup> En el contexto estadounidense, los movimientos son el equivalente de los partidos minoritarios. Surgen porque es casi imposible crear terceros partidos estables en un sistema cuya elección principal implica la respuesta de toda una nación, la cual centra su atención en elegir a un individuo para encabezar el gobierno. Los sistemas parlamentarios impulsan mucho más a los partidos menores, porque varios grupos de importancia e interés pueden elegir en distritos electorales ecológicamente separados. Puesto que no participan en el juego político partidario normal los movimientos extraelectorales estadounidenses, probablemente tendrán programas más radicales. No están sujetos a la disciplina inherente a la necesidad de ganar el apoyo del electorado que enfrentan los partidos. Más bien, tratan de obligar a los dirigentes de los dos grandes partidos a responder a sus demandas. Y dada la debilidad de la organización partidaria nacional, los movimientos surgidos en los años sesenta han tenido una influencia continua en ambos partidos, presionando a los republicanos hacia la derecha (no al aborto, mano dura al crimen, menos intervención del Estado en la economía) y, como se señaló, a los demócratas hacia la izquierda.

En los países parlamentarios, usualmente la dirigencia permanece en el poder dentro de los partidos, aun después de haber sido derrotada en las elecciones. Tengan o no el control del gobierno, pueden evaluar las consecuencias electorales de sus políticas y tomar las medidas necesarias para cambiar las que aparentemente fallaron. La mayoría de estos partidos tienen equipos de encuesta e investigación que siguen funcionando indefinidamente, que no resultan afectados por los resul-

<sup>155</sup> Para una revisión de la literatura sobre corporativismo y socialdemocracia, véase Milner, *Sweden*, pp. 23-31.

<sup>156</sup> Lipset, *Consensus and Conflict*, pp. 296-299.

tados de las elecciones y que realizan monografías y recomiendan reajustes en las políticas, en respuesta a análisis a largo plazo. Debido a la separación entre el Ejecutivo y la legislatura, en Estados Unidos los partidos han sido siempre más libres, menos disciplinados, menos burocráticos que en los sistemas parlamentarios. Sin embargo, algunos cambios en las reglas del partido y la ampliación del sistema original, los cuales ocurrieron a fines de los años sesenta y en los setenta, debilitaron más que nunca a los partidos nacionales, particularmente al Demócrata.<sup>157</sup> Dados los cambios en la dirigencia después de cada derrota electoral, las nominaciones y convenciones nacionales no controladas o incluso gravemente influidas por instituciones partidarias, nadie puede pensar o hablar por el partido cuando no lo controla la Casa Blanca. Encuestadores, investigadores y asesores políticos clave cambian entre una y otra elección. Los candidatos tratan primero de ser nominados y buscan dinero y apoyo de activistas antes de las primarias, gran parte de los cuales, en el caso de los demócratas que se postulan para la presidencia, viene de la izquierda. Los activistas de partido, que ya no tienen relación con trabajos de apoyo, no preguntan cómo se puede ganar, o qué estuvo mal en la elección pasada; apoyan a aquellos ideológicamente más cercanos.<sup>158</sup> De ahí que el Partido Demócrata nacional, que comparado con los socialistas europeos apenas existe como organización, no puede aprender del pasado ni hacer cambios políticos comprometidos con aquellos que se postularán para su próxima campaña presidencial o lo representarán en el Congreso.

En Estados Unidos la renuencia de los sindicatos a tomar en consideración las políticas que podrían reducir a corto plazo el ingreso de los trabajadores con el objeto de mejorar la mayor competitividad de la economía del país, puede cambiar como respuesta a la posición cada vez más deteriorada de las organizaciones obreras. Su proporción de fuerza de trabajo empleada va en declive y actualmente se encuentra ya por debajo del 16%. Por consiguiente, su capacidad de asegurar mayorías en las elecciones para la representación del propio sindicato también disminuye. Lo peor de todo, es que su poder para ganar las grandes huelgas ha disminuido a su nivel más bajo desde los años veinte. En 1988 hubo menos huelgas de trabajadores que en los 40 años anteriores. Los sindicatos necesitan más que nunca aliados en la administración nacional, lo que puede dar a los demócratas más margen de acción con ellos.

<sup>157</sup> Nelson W. Polsby, *Consequences of Party Reform*, Oxford University Press, Nueva York, 1983; Byron E. Shafer, *Quiet Revolution: The Struggle for the Democratic Party and the Shaping of Post-Reform Politics*, Russell Sage Foundation, Nueva York, 1983.

<sup>158</sup> Como señala Christopher Matthews, el editor en jefe del *San Francisco Examiner* en Washington, "para ganar los primeros comités de partido y las elecciones primarias, un candidato necesita llamar a los activistas demócratas apasionados a que participen en la selección del candidato presidencial. La mayor parte de esta gente recorre la gama desde el centroizquierda hasta la ultraizquierda. Quienes se presentan en los comités demócratas, que coordinan las oficinas en los primeros estados de las primarias, tienen poco tiempo para los moderados y mucho menos para los conservadores". Matthews, "Democrats Look for a Heavyweight", *San Francisco Examiner*, 12 de enero de 1990, p. A25.

Las orientaciones antiestadistas, individualistas y competitivas de los estadounidenses no hacen que los sindicatos u otros grupos de interés piensen acerca de lo que sería positivo para el país, la economía o su partido. ¿Puede pedirse u obligar a algún grupo a sacrificarse por el todo, por el aumento de la productividad? El objetivo, en palabras de Samuel Gomper, es siempre “más”. Los sindicatos estadounidenses, a diferencia de los sindicatos socialistas europeos y católicos más “solidarios”, son tan competitivos y están tan poco interesados en el bienestar nacional como las empresas. Tales orientaciones autárquicas o sindicalistas podrían funcionar bien en una economía autárquica en expansión, en la que el comercio exterior fuera poco importante. Sin embargo, resultan directrices más débiles en una nación obligada a la competencia internacional efectiva.

El contraste entre el comportamiento de los sindicatos en Estados Unidos y el de aquéllos vinculados a los partidos socialdemócratas de los trabajadores en otras partes, refleja también las diferencias en las estructuras de organización de los partidos a los que apoyan. Los sindicatos en Australia, Gran Bretaña y buena parte de Europa, se resisten a aceptar las restricciones gubernamentales a su libertad de acción o las políticas de recorte salarial que sustentan los partidos disciplinados que ellos respaldan. No hay posibilidad de que los grupos de trabajadores estadounidenses sigan direcciones similares a las de los demócratas, porque no hay forma de que el partido haga que los sindicatos (u otros grupos) se disciplinen para aceptar políticas que parecen desafiar su propio interés.

La necesidad de imponer algún tipo de estructura o disciplina en el partido nacional que permita a los dirigentes imponer políticas electoralmente fructíferas, es más difícil de satisfacer. La falta de organización se refuerza a sí misma. A todo candidato presidencial le interesa atraer a todos los sectores del partido a su campaña; de ahí que no pretenda imponer orden o control en los acontecimientos futuros. En 1988, las fuerzas de Dukakis aprobaron cambios en las reglas de selección de delegados, lo que permitirá a Jesse Jackson el acceso a muchos más delegados en 1992 si logra asegurarse el mismo porcentaje de votos que recibió hace cuatro años.

#### LA INFLUENCIA DE LA INTELLECTUALIDAD

Los intelectuales estadounidenses han estado a la izquierda del extremo *antiestablishment* desde el siglo pasado.<sup>159</sup> Han impulsado lo que Lionel Trilling llamó “la cultura del adversario”, opuesta a los valores patrióticos burgueses y nacionales. Han sido los seguidores más fuertes de las tendencias ultraizquierdistas relativa-

<sup>159</sup> Richard Hofstadter, *Anti-Intellectualism in American Life*, Knopf, Nueva York, 1963, p. 29; Seymour Martin Lipset y Richard E. Dobson, “The Intellectual as Critic and Rebel: With Special Reference to the United States and the Soviet Union”, en *Daedalus*, verano de 1972, pp. 138-147. Véase también “Text of a Pre-Inauguration Memo from Moynihan on Problems Nixon Would Face”, en *The New York Times*, 11 de marzo de 1970, pp. 1, 30.

mente pequeñas, incluyendo anteriormente a varios terceros partidos radicales. En décadas recientes, fueron ellos los que respaldaron al ala izquierda del Partido Demócrata.<sup>160</sup>

Más allá de su participación en la nueva política y la del Partido Verde, el marxismo sigue vivo y relativamente bien en las ciencias sociales y en la intelectualidad humanística de Estados Unidos. Como lo señala Garry Abrams, "las universidades estadounidenses pueden ser uno de los últimos bastiones del marxismo intelectual, al menos en el mundo desarrollado".<sup>161</sup> El teórico político de Oxford John Gray, concluye también que "las instituciones académicas del capitalismo en Estados Unidos serán el último reducto de la teorización del marxismo. . ." <sup>162</sup> Gerald Marzorati, editor en jefe de Harper's Magazine, señala que los académicos radicales estadounidenses han abandonado el "liberalismo, con sus nociones de tolerancia", en favor de "una mezcla de neomarxismo y semiótica. . . un lenguaje continental, que precisamente está siendo abandonado" por los intelectuales europeos más jóvenes, quienes han resucitado el liberalismo, la importancia de los derechos individuales y el pragmatismo. Paradójicamente, "estos escritores y pensadores no parecen abrigar el antiamericanismo fácil de sus antepasados intelectuales y de los radicales académicos de Estados Unidos".<sup>163</sup> Un importante sociólogo radical escribió en 1988 que "si hace veinte años hubo una sociología del *establishment*, nosotros contribuimos a su creación y, por ello, para bien o para mal, el campo en buena medida nos

<sup>160</sup> El estudio más reciente de la opinión de los académicos, realizado en 1989, muestra que el 57% se califica a sí mismo de liberal, comparado con la cifra de 11-20% entre el total del electorado. Entre los miembros de las instituciones superiores, las universidades de investigación, 67% de la élite de los profesores son liberales. Carolyn J. Mooney, "Professors are Upbeat About Profession but Uneasy About Students, Standards", en *The Chronicle of Higher Education*, 8 de noviembre de 1989, p. A20. Para datos de estudios anteriores, véase Everett Carl Ladd, Jr. y Seymour Martin Lipset, *The Divided Academy: Professors and Politics*, W. W. Norton, Nueva York, 1976.

<sup>161</sup> Garry Abrams, "After the Wall: As New Era Emerges U. S. Political Thinkers Ponder Fate of Marxism", en *Los Angeles Times*, 6 de diciembre de 1989, pp. E1, E6; Tony Judt, "The Rediscovery of Central Europe", en *Daedalus*, invierno de 1990, p. 34. Para puntos de vista conservadores véase Peter Shaw, *The War Against the Intellect: Episodes in the Decline of Discourse*, University of Iowa Press, Iowa City, 1989; Paul Hollander, *The Survival of the Adversary Culture*, Transaction Books, New Brunswick, NJ, 1988, y Roger Kimball, *Tenured Radicals: How Politics Has Corrupted Higher Education*, Harper and Row, Nueva York, 1990. Para puntos de vista radicales véase Bertell Ollmann y Edward Vernoff (eds.), *The Left Academy-Marxist Scholarship on American Campuses*, McGraw-Hill, Nueva York, 1982; Jonathan M. Wiener, "Radical Historians and the Crisis in American History, 1959-1980", en *Journal of American History*, septiembre de 1989, pp. 399-434; Michael Burawoy, "Instruction: The Resurgence of Marxism in American Sociology", en *American Journal of Sociology* 88, suplemento de 1982, pp. S1-S30, y Richard Flacks, *Making History: The Radical Tradition in American Life*, Columbia University Press, Nueva York, 1988, pp. 185-186, 190-191.

<sup>162</sup> John Gray, "Fashion, fantasy or fiasco?", en *Times Literary Supplement*, 24 de febrero-2 de marzo de 1989, p. 183.

<sup>163</sup> Gerald Marzorati, "Europe is Reclaiming the Language of Liberalism", en *International Herald Tribune*, 11 de julio de 1990, p. 4.

<sup>164</sup> Richard Flacks, "The Sociology Liberation Movement: Some Legacies and Lessons", en *Critical Sociology*, verano de 1988, p. 17.

pertenece".<sup>164</sup> Un historiador de izquierda señaló en 1989 que "la historia radical en la época de Reagan ocupó una posición más fuerte que nunca antes en las universidades de Estados Unidos".<sup>165</sup>

La izquierda ideológica es también fuerte en Hollywood y entre el personal creativo de la televisión<sup>166</sup>; existe un número considerable de compañeros de viaje de los intelectuales entre la intelectualidad en su conjunto, por ejemplo, los consumidores bien educados de la investigación universitaria y la creatividad intelectual. Quienes han tenido acceso a algún postgrado son el sector más inclinado hacia la izquierda de entre el electorado. Estos grupos participan más que ningún otro estrato, y votan fundamentalmente por candidatos más liberales en las primarias, contribuyendo así a mantener a los demócratas en la izquierda. El teórico socialdemócrata alemán Richard Lowenthal, señala el papel de los "doctrinarios intelectuales" en "la reforma organizativa del Partido Demócrata. . . que produjo la candidatura de McGovern así como su fracaso". Subraya "el contraste entre los resultados de una democracia interna de partido influida por fuertes contingentes de activistas ideológicos, y las necesidades de éxito en una elección democrática. . .".<sup>167</sup> Puede señalarse que los izquierdistas postindustriales, que a menudo se identifican a sí mismos como radicales, han ganado las elecciones en comunidades donde se concentra este tipo de gente, por ejemplo, en Ann Arbor, Amherst, Austin, Berkeley, Boulder, Burlington (Vermont), Cambridge, Hyde Park (Chicago), Ithaca, Madison, Manhattan, Santa Cruz, Santa Mónica.<sup>168</sup>

En los últimos años este modelo ha prevalecido en el extranjero, donde los intelectuales, la *intelligentsia* y los estudiantes conforman la gran base de apoyo del Partido Verde y sus tendencias políticas comprometidas con la ecología en muchos países.<sup>169</sup> Sin embargo, el grueso de los intelectuales en Europa y Japón han abandonado su anterior lealtad al marxismo. Los intelectuales y académicos ingleses han apoyado a los partidos de centroizquierda; los académicos suecos han apoyado grupos no socialistas. Los intelectuales franceses se volvieron muy anti-marxistas y antisoviéticos de línea dura durante los años setenta y ochenta.<sup>170</sup> Los académicos japoneses también se han inclinado a la derecha.<sup>171</sup> Su actitud se desprende en parte de sus anteriores vínculos con fuertes partidos socialistas,

<sup>166</sup> En 1985, una mayoría de la élite de los medios se identificó a sí misma como de izquierda. S. Robert Lichter, Stanley Rothman y Linda S. Lichter, *The Media Elite: America's New Power Brokers*, Adler and Adler, Washington, 1986, p. 28.

<sup>167</sup> Véase Richard Lowenthal, "The Future of the 'Social Democratic Consensus' ", en *Dissent*, invierno de 1982, p. 101.

<sup>168</sup> Hollander, *The Survival*, pp. 16-18.

<sup>169</sup> Lipset, *Consensus and Conflict*, pp. 194-205.

<sup>170</sup> Para una descripción de la manera en que ocurrió el cambio, véase Tony Judt, *Marxism and the French Left*, Oxford University Press, Nueva York, 1986. Véase también Mark Kesselman, "Lyrical Illusions or a Socialism of Governance: Whither French Socialism?", Ralph Miliband, John Saville, Marcel Liebman y Leo Panitch (eds.), *Socialist Register 1985/1986*, The Merlin Press, Londres, 1986, pp. 240-242.

<sup>171</sup> Masakazu Yamazaki, "The Intellectual Community of the Showa Era", en *Daedalus*, verano de 1990, pp. 260-262.

laboristas y, en Italia y Francia, comunistas. El socialismo como utopía fracasó tanto en sus formas autoritarias como democráticas. Muchos intelectuales previamente partidarios de la política de izquierda han cambiado su posición. Sin embargo, en Estados Unidos ha habido escasa práctica, o aplicación de la teoría radical a la política. Como destaca Gray, “la clase académica estadounidense. . . utiliza la retórica y la teoría de la intelectualidad radical europea de hace una década o una generación, para legitimar el alejamiento de su propia cultura. . . El marxismo académico estadounidense. . . [es] políticamente irrelevante y marginal. . . [y] compensa su manifiesta nulidad política buscando su hegemonía dentro de las instituciones académicas”.<sup>172</sup> Por tanto, las ideologías de izquierda han sido académicas en ambos sentidos de la palabra. Como se señaló, siguen siendo importantes en el mundo universitario, y un sector numeroso de la intelectualidad en Estados Unidos parece más dispuesto a apoyar a la izquierda política, que sus contrapartes en la mayoría de los países europeos.<sup>173</sup>

¿Es probable el cambio en Estados Unidos? Si la creciente semejanza de la política europea con el modelo histórico estadounidense se ha vuelto menos ideológica, Estados Unidos, que fue testigo de un aumento en las diferencias ideológicas y culturales en los años sesenta y setenta, ¿experimentará un retroceso o un avance hacia una nueva declinación de la ideología? Tal cambio requeriría modificaciones en la fuente principal de ideología izquierdista en Estados Unidos, la intelectualidad. Ésta fue impulsada y radicalizada durante los años sesenta y principios de los setenta por los triunfos comunistas y otras victorias de la izquierda en el tercer mundo. Dada la debilidad del radicalismo dentro de Estados Unidos y el evidente fracaso de los sistemas comunistas más importantes en la Unión Soviética y China, el alejamiento de los intelectuales estadounidenses de su propia sociedad encontró salida en el entusiasmo por los movimientos revolucionarios antinorteamericanos en Asia, África y Latinoamérica. Sin embargo, como se señaló, la izquierda intelectual estadounidense se enfrenta actualmente con el colapso, no solamente de los dogmas de la izquierda tradicional en Europa del Este y del Oeste, sino también con el rechazo a los compromisos socialistas o marxista-leninistas, y el cambio hacia la aceptación nominal de la economía de mercado, así como del pluralismo partidario en los países menos desarrollados.

En el tercer mundo no existen modelos socialistas atractivos que sirvan de inspiración a los intelectuales de izquierda, particularmente en Indochina y Nicaragua.<sup>174</sup> Sus

<sup>172</sup> Gray, “Fashion, fantasy or fiasco”, pp. 183-184.

<sup>173</sup> Un ejemplo notable es John Kenneth Galbraith quien, en una conferencia en julio de 1990 sobre las reformas económicas en Europa del Este, denunció la “ideología primitiva” del rápido paso hacia la economía de mercado. Hizo “un velado ataque a los programas de privatización planeados por algunos gobiernos de Europa del Este...”, “East Europe Warned Over Fast Economic Change”, en *Financial Times*, 6 de julio, de 1990, p. 2.

<sup>174</sup> Para una revisión, véase Marguerite Michaels, “Continental Shift”, en *Time*, 21 de mayo de 1990, pp. 34-36. Véase también Werner Thomas, “Die Guerrilleros in Lateinamerika Kampfen gegen die Zeit”, en *Die.....?*, 10 de julio de 1990, p. 2.

movimientos marxistas alguna vez atraerán fuertemente a liberales e izquierdistas estadounidenses, pero sus regímenes han reconocido abiertamente los fracasos del estatismo en la economía en todos sentidos.

Aunque en Estados Unidos entre la intelectualidad de tendencia izquierdista son pocos los que han simpatizado con la Unión Soviética en las últimas décadas, el rechazo efectivo a la doctrina marxista habría tenido un impacto en las orientaciones liberales en este país, de la misma forma en que ha afectado a los socialistas en otros países. En un artículo publicado con la aprobación expresa del ministro del Exterior Eduard Shevardnadze en el verano de 1988 en *International Affairs*, una publicación del Ministerio Soviético del Exterior, Andrey Kozyrev, un alto funcionario dijo, al igual que su colega vietnamita citado anteriormente, que la mayoría de los países desarrollados “sufren no tanto del capitalismo sino de la falta de éste”.<sup>175</sup> En una conferencia de importantes economistas soviéticos dictada en noviembre de 1989, el prominente diseñador de política económica Leonid Abalkin, director del Instituto de Economía de la Academia de Ciencias de la URSS y viceprimer ministro, señaló que el mercado privado es “la forma más democrática de regular la actividad económica” y abogó por la introducción de mercados de valores abiertos y el uso (friedmanista) de una política monetaria en lugar de la regulación gubernamental para afectar la demanda.<sup>176</sup> Tal vez tan importante como lo anterior es la expresión abierta en el interior del Partido Comunista Soviético de críticas que culpan a Marx y a Lenin del estalinismo y del fracaso económico. Y aún más sorprendente es que en una conferencia en la Escuela Superior del Partido en Moscú, sobre el partido y la *perestroika*, los padres del marxismo-leninismo fueron ignorados, mientras que se invocaron las teorías de Max Weber y Talcott Parsons para justificar la reforma.<sup>177</sup>

En una revista publicada por un importante activista demócrata, Stanley Sheinbaum, quien trabajó muy cerca de los socialistas en Estados Unidos y en Europa, encontramos una muestra de que los cambios entre la izquierda en el exterior están afectando a los intelectuales radicales en Estados Unidos. El *New Perspectives Quarterly* proclama en la introducción a un simposio sobre “el triunfo del capitalis-

<sup>175</sup> Andrey V. Kozyrev, “Why Soviet Foreign Policy Went Sour”, en *The New York Times*, 7 de enero de 1989, p. 27. También señaló que la participación directa e indirecta de la Unión Soviética en “los conflictos regionales del Tercer Mundo, lleva a pérdidas colosales y aumenta las tensiones internacionales en general, justificando la carrera armamentista e impidiendo el establecimiento de vínculos ventajosos mutuos con Occidente”.

<sup>176</sup> Peter Passell, “Soviet Deputy Prime Minister is Seeking a Safe Path Through a Time of Change”, en *The New York Times*, 1º de enero de 1990, p. A23. El argumento ha sido ratificado más recientemente por el asesor personal de Gorbachov en asuntos económicos, Nikolai Y. Petrakev, quien en una entrevista el 8 de junio de 1990, “apoyó un decreto ya diseñado para desnacionalizar rápidamente la industria estatal creando un mercado de valores y vendiendo acciones al público”. Bill Keller, “Speedup Change, Soviet Aide Urges”, en *The New York Times*, 10 de junio de 1990, p. 12Y. Para el texto de una entrevista anterior con Petrakev sobre la misma línea, véase “Can the Russians Really Reform?”, en *Fortune*, 7 de mayo de 1990, pp. 117-122.

<sup>177</sup> S. Frederick Starr, “Pooped Party”, en *The New Republic*, 4 de diciembre de 1989, p. 20.

mo”, que “la gran contienda ideológica de nuestro siglo ha terminado. El alguna vez calumniado mercado se ha convertido, después de todo, en el mejor amigo materialista del hombre”. Y llama la atención al hecho de que “el jefe de la ideología soviética dijo. . . ‘debemos admitir ahora que nuestros conceptos de propiedad pública han probado ser insostenibles’”, que el socialismo ha perdido en la “carrera por el desarrollo económico”.<sup>178</sup>

Más sorprendente, tal vez, es el cambio de opinión abierto de un importante economista socialista, Robert Heilbroner, quien toma el lugar de Norman Thomas en la Nueva Escuela de Investigación Social quien también afirma, sin lugar a dudas que “la contienda entre capitalismo y socialismo se terminó: ganó el capitalismo”.<sup>179</sup> Y anota:

Por primera vez en este siglo —y por primera vez en mi vida— yo sostendría que el socialismo no tiene una estructura económica plausible. Solamente hace medio siglo, la gran pregunta era qué tan rápidamente tendría lugar la transformación del capitalismo al socialismo. . . Ahora la gran pregunta de los últimos años debe plantearse de otra manera. . .<sup>180</sup>

Más adelante señala que el éxito del capitalismo no es solamente político, sino económico, que la prueba de ello es que el mercado funciona mejor. Esto es verdad incluso en “la periferia. Hay que ver el éxito fantástico de países asiáticos como Corea, Singapur, Taiwan y Tailandia”.<sup>181</sup> Heilbroner señala que él no es el único socialista estadounidense que piensa así, que

la figura socialista más renombrada de Estados Unidos, Michael Harrington, . . . en su último libro [murió en 1989], *Socialism, Past and Future* de todas las definiciones de socialismo sólo fue capaz de rescatar . . . la importancia de la presión continua y voluntarista por la justicia social. Para bien o para mal, esto es lo que queda actualmente del socialismo.<sup>182</sup>

## CONCLUSIONES

Las similitudes en los cambios de política entre los partidos socialistas de todo el mundo son tan generalizadas que sugieren que la Internacional Socialista se asemeja al Comintern de Lenin y Stalin en su capacidad de exigir el acuerdo de los miembros del partido. Como es obvio, nada más lejos de la verdad. La Internacional no tiene poder sobre los afiliados; se trata en gran medida de una organización para la discusión colectiva. Sin embargo, como ha dicho Neil Kinnock, “las mismas actitudes que en el exterior. . . [han sido] adoptadas por

<sup>178</sup> “The Triumph of Capitalism”, en *New Perspectives Quarterly*, otoño de 1989, p. 4.

<sup>179</sup> Robert Heilbroner, “The Triumph of Capitalism”, en *The New Yorker*, 23 de enero de 1989, p. 98.

<sup>180</sup> Robert Heilbroner, “No Alternative to Capitalism”, en *New Perspectives Quarterly*, otoño de 1989, p. 4.

<sup>181</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>182</sup> *Ibid.*, p. 10. Véase Michael Harrington, *Socialism: Past and future*, Arcade Publishing, Nueva York, 1989, pp. 248-278.

los socialistas demócratas y los partidos socialdemócratas, . . . sino también entre el ala reformista de los viejos partidos comunistas”. Estos implican “una toma de conciencia general de que se necesita la combinación del mercado con la comunidad socialmente responsable. . .”<sup>183</sup> Al comentar sobre los socialdemócratas de Europa del Este, *The Economist* señala que ellos también han empezado a cuestionarse si “realmente existe un ‘camino intermedio’”, entre comunismo y capitalismo. Como sus camaradas occidentales, ellos también “aceptan el objetivo de la economía de empresa. . .”<sup>184</sup>

Los socialdemócratas de todo el mundo están convencidos de que “deberían ajustar su programa a las experiencias que da la historia. . . Los socialdemócratas (no importa el título oficial de su partido) no serán quienes hagan el ‘socialismo’, pero esto no necesariamente implica que estén condenados al fracaso. Simplemente han cambiado de opinión”.<sup>185</sup> Básicamente, como concluye Adam Przeworski, los socialdemócratas de hoy “luchan porque el capitalismo sea más eficiente y humano”.<sup>186</sup> Como lo señala Regis Debray, si los dirigentes socialistas “dijeran la verdad” sobre su papel actual, dirían que es “llevar adelante la política de la derecha, pero más inteligentemente y de un modo más racional”.<sup>187</sup> Lo que produce el paralelismo son las respuestas a las experiencias comunes y el contacto con análisis y consejos parecidos de la mayoría de los economistas, así como, recientemente, el colapso del sistema comunista.

La “comprensión de la que habla Kinnock se basa en hechos trillados. Las industrias estatales han probado ser menos eficientes que las privadas. La competencia ha demostrado ser mucho más estimulante para el cambio y el crecimiento económico que los monopolios privados o públicos. Los incentivos, las compensaciones y las ganancias, hacen que haya un mayor compromiso con el trabajo por parte de los empleados y productos más seguros y confiables por parte de los empresarios. Está claro que existe un umbral a partir del cual los impuestos actúan como falta de incentivos tanto para el trabajo como para el capital. Y las políticas fiscales redistributivas diseñadas para beneficiar a los menos privilegiados, no importa qué tan morales puedan parecer, resultan disfuncionales si entorpecen la inversión y la productividad. Éstas han sido las trivialidades de la economía de mercado, ahora ampliamente aceptadas por muchos comunistas y socialistas, aunque aparentemente menos por los demócratas norteamericanos.

De acuerdo con esto, un estudio comparativo reciente de políticas fiscales muestra que la tasa impositiva neta de las empresas (tasa nominal menos tasa preferencial) es mucho más baja en la Suecia socialista que en Estados Unidos en

<sup>183</sup> Patrick Wintour, “Kinnock Seeking Strategy to Speed Reform in East”, en *The Guardian*, 21 de diciembre de 1989, p. 6.

<sup>184</sup> “Eastern Europe Moves Right. No Halfway House,” *The Economist*, 24 de marzo de 1990, p. 22.

<sup>185</sup> Steinmo, “Social Democracy”, p. 438.

<sup>186</sup> Przeworski, *Capitalism and Social Democracy*, p. 206.

<sup>187</sup> Debray, “What’s Left of the Left”, p. 27.

la era Reagan-Bush. Los republicanos sólo han logrado modificar, pero no revertir, las políticas de los gobiernos anteriores. Como sostiene Sven Steinmo, “si tomamos en consideración todos los impuestos. . ., Estados Unidos se apoya esencialmente más en el impuesto al ingreso individual y corporativo ‘redistributivo’, y en los impuestos a la herencia y la riqueza que Gran Bretaña y Suecia”.<sup>188</sup> Estados Unidos “grava las ganancias de capital mucho más que cualquiera de sus contrapartes democráticas”.<sup>189</sup> El Congreso demócrata de 1986 gravó las ganancias de capital como ingresos ordinarios y los líderes legislativos del partido rechazaron los argumentos de Bush de que una reducción impulsaría la inversión. Los dirigentes prefieren resaltar que un cambio como éste violaría la gradualidad fiscal.<sup>190</sup> La mayoría de los partidos democráticos habrían apoyado a Bush.

Es importante reiterar que puesto que Estados Unidos nunca ha sido gobernado por un partido socialdemócrata, cualquier juicio acerca de la inclinación izquierdista del Partido Demócrata y derechista de los movimientos sociales en otras partes, no implica que la organización estadounidense se esté comprometiendo tanto con el estatismo como sus camaradas extranjeros de centroizquierda. Aunque actúan en el marco de una política mucho más antiestatista, sectaria protestante, moralista e individualista que las naciones europeas del Commonwealth con su Iglesia Tory-socialdemócrata estable y valores e instituciones colectivos, los demócratas, aunque no el pueblo estadounidense, se han alejado de las tradiciones históricamente dominantes de la nación, inclinándose hacia orientaciones de izquierda más europeas. Mientras tanto, en Europa, los socialdemócratas han ido cambiando hacia intereses más liberales clásicos, menos centrados en el Estado y más orientados a los derechos individuales. Aunque algunas izquierdas del otro lado del Atlántico, parecen aproximarse ideológicamente entre sí frente a muchas cuestiones, estos cambios, como hemos visto, implican que los demócratas se inclinen a la izquierda, alejándose del centro electoralmente triunfante, y los socialdemócratas pasen a la derecha, hacia el centro de su política nacional.<sup>191</sup> Éste es el acertijo que intento explicar.

Es irónico que algunos de los factores que históricamente han estimulado el crecimiento económico (y con éste el fracaso del socialismo en Estados Unidos) —la importancia dada al sistema de valores sobre el individualismo, *laissez-faire* y la falta de comunitarismo—, actualmente posibilitan a la izquierda estadounidense hacer caso omiso de las necesidades nacionales, y seguir la lógica de su ideología:

<sup>188</sup> Sven Steinmo, “Political Institutions and Tax Policy in the United States, Sweden and Britain”, en *World Politics*, julio de 1989, p. 504.

<sup>189</sup> *Ibid.*, p. 509.

<sup>190</sup> Committee on Ways and Means, *Tax Progressivity*, pp. 53-55; Aaron, “The Impossible Dream”, p. 6.

<sup>191</sup> La comprobación de la diferencia en la orientación dominante hacia el Estado entre Estados Unidos y otros países puede encontrarse en Robert Y. Shapiro y John T. Young, “Public Opinion Toward Social Welfare Policies: The United States in Comparative Perspective”, en *Research in Micropolitics*, vol. 3, JAI Press, Greenwich, 1990, pp. 143-186; y “America: A Unique Outlook?”, en *The American Enterprise*, marzo/abril de 1990, pp. 113-120.

favorecer los impuestos elevados, los programas económicos redistributivos y nacionalistas y una política cultural y una moralidad abiertas. Por supuesto, algunos podrían sugerir que esta importancia, particularmente en lo referente a las necesidades económicas y de bienestar, es una respuesta a la mayor desigualdad en el ingreso y la pobreza, reflejados notablemente en cifras cada vez más altas de personas sin techo en la época de Reagan.<sup>192</sup> Mientras que esta tendencia es indudable, un análisis comparativo sugiere la existencia de modelos similares en otras partes. El desempleo ha aumentado considerablemente más en la mayoría de los países desarrollados, por ejemplo, Australia, Bélgica, Gran Bretaña, Canadá, Francia, Alemania, Italia y España, que en Estados Unidos.<sup>193</sup> La proporción de los individuos con mayores ingresos también ha aumentado en otros países desarrollados; por ejemplo, Canadá, Alemania, Japón y Suecia tienen muchas más familias multimillonarias (2 000 millones de dólares o más, per cápita).<sup>194</sup> Europa, Canadá y Japón se caracterizan también por una mayor concentración de poder económico en menor número de corporaciones.<sup>195</sup> En Suecia, después de casi medio siglo de gobierno socialdemócrata, la distribución de la riqueza “era todavía bastante parcial: un estudio de 1981 mostraba que el 89% de las familias no poseían acciones en empresas, mientras que menos de 0.3% de las familias poseían la mitad de todas las acciones individuales. . .”.<sup>196</sup> Un reciente artículo en *Barron's* señala que “unos cuantos grandes inversionistas controlan básicamente el grueso de las empresas suecas”.<sup>197</sup> En las últimas cifras que se conocen de 1980-1981, la distribución del ingreso familiar disponible era significativamente más desigual en Suecia que en Estados Unidos.<sup>198</sup>

Quienes pretenden fortalecer la estructura del partido de izquierda en Estados Unidos y hacerla más eficaz —el Consejo de Líderes Democráticos conducido por los senadores Sam Nunn y Charles Robb, el Comité del Estado de California presidido por el ex gobernador Jerry Brown y la “vieja escuela” de dirigentes del partido, encabezada por Robert Strauss—, se ubican a sí

<sup>192</sup> Véase, por ejemplo, Kevin Philips, *The Politics of Rich and Poor: Wealth and the American Electorate in the Reagan Aftermath*, Random House, Nueva York, 1990.

<sup>193</sup> Douglas Webber, “Social Democracy and the Re-emergence of Mass Unemployment in Western Europe”, en William E. Patterson y Alastair H. Thomas (eds.), *The Future of Social Democracy*, Clarendon Press, Oxford, 1986, pp. 36-49; “Economic and Financial Indicators”, en *The Economist*, 21 de julio de 1990, p. 101. Por el contrario, Estados Unidos y Canadá han experimentado un aumento mucho mayor en las cifras de nuevos empleos creados entre 1973 y 1986, que en Japón y Europa. Angus Maddison, *The World Economy in the 20th Century*, Development Centre of the OCDE, París, 1989, p. 132.

<sup>194</sup> “The World's Billionaires,” *Forbes*, 23 de julio de 1990, pp. 189, 255.

<sup>195</sup> Seymour Martin Lipset, *Continental Divide: The Values and Institutions of the United States and Canada*, Routledge, Nueva York, 1990, pp. 129-134.

<sup>196</sup> Alastair H. Thomas, “Social Democracy in Scandinavia: Can Dominance be Regained?”, en Patterson y Thomas (eds.), *The Future of Social Democracy*, p. 203.

<sup>197</sup> Crovitz, “Sweden's Crackup”, p. 10.

<sup>198</sup> Peter Stein, “Sweden: Failure of the Welfare State”, en *Journal of Economic Growth*, 2 núm. 4, p. 38.

mismos contra un igualitarismo institucionalizado y activista. En palabras de Christopher Matthews, los abogados del nuevo partido anhelan que sea “un poco menos democrático pero mucho más unido”.<sup>199</sup> Robb aboga por “la emancipación del partido respecto del discurso de la nueva élite activista”, y busca la reafirmación de “la supremacía del partido nacional sobre las agendas individuales de grupos particulares”.<sup>200</sup> Como señala Strauss: “Necesitamos un candidato que parezca llevar la voz cantante. Liderazgo y tenacidad son lo. . . [que estamos] buscando.” Otro dirigente del partido, Bob Beckel, quien coordinó la campaña de Mondale, afirma: “Los líderes del partido necesitamos empezar a controlar el proceso y dejar de ser dominados por éste.”<sup>201</sup> Lo que desean con ansia es una organización capaz de realizar las funciones más importantes que definen a los partidos en otras partes, tales como nombrar candidatos elegibles y diseñar programas que tengan un gran atractivo para los electores. En otras palabras, les gustaría que el Partido Demócrata fuera como los partidos socialdemócratas de otros países occidentales y terminar, paradójicamente, con la excepcionalidad política estadounidense, moviendo su partido hacia la derecha. Por el contrario, y también paradójicamente, el marxista Josef Hindels concluye que en otras partes existe una “creciente norteamericanización de la política” mientras que la socialdemocracia se inclina hacia el centro.<sup>202</sup>

*Traducción de Adriana Guadarrama*

<sup>199</sup> Matthews, “Democrats”, p. A25.

<sup>200</sup> Charles S. Robb, *New Directions, Enduring Values*, Democratic Leadership Council, Washington, 1988, p. 34.

<sup>201</sup> Matthews, “Democrats”, p. A25.

<sup>202</sup> En Sully, *Continuity and Change*, p. 211.